

ES863.44 Iyrna López
L864cu

Cuentos de la guerra



FICCIONES

CUENTOS DE LA GUERRA

Colección Ficciones

Myrna Lopéz

CUENTOS DE LA GUERRA



COLECCIÓN FICCIONES

Volumen 27

Primera edición:

Dirección de Publicaciones e Impresos
Ministerio de Cultura
San Salvador, El Salvador, 2019

ISBN 978-99923-0-343-6

©Myrna López, 2019

© Para esta edición: DPI, 2019

Director DPI: Mario Noel Rodríguez
Diseño de portada: Liliana Pintor y Renato Mira
Diagramación: Liliana Pintor
Edición, corrección:
Gerencia Editorial DPI

863.44

L864c López, Myrna, 1948-

Cuentos de la guerra / Myrna López. diseño de
cubierta Liliana Pintor, Renato Mira—1.ª ed. —San
sv Salvador, El Salv.: Dirección de Publicaciones e
Impresos, 2019.

76 pp.; 22 cm — (Colección Ficciones; v. 27)

ISBN 978-99923-0-343-6

1. Novela o Cuentos salvadoreños.
2. Literatura salvadoreña.
- I. Título.

Impreso en los talleres de la DPI:

17 av. Sur, n.º 430, San Salvador, El Salvador, C. A.

Tels.: (503) 2222-9152, 2271-1806, 2222-0665; Fax: (503) 2271-1071

<http://cultura.gob.sv>

[facebook.com/dpi.elsalvador/](https://www.facebook.com/dpi.elsalvador/) | [Twitter: @DPI_ElSalvador](https://twitter.com/DPI_ElSalvador)

Aura

—Te llegan cinco nuevos reclutas a la escuadra de seguridad de la radio —me dijo el comandante Alejandro por la radio—. Tres nuevos reclutados y dos que te los mandamos castigados.

—Ya estoy cansada de que me manden solo gente con problemas de disciplina, Alejandro. ¿Qué diablos se creen ustedes que es esto?, ¿la correccional?

—No te estoy planteando el asunto para discusión, Renata, es una medida que tenés que acatar.

De modo que el Frente esperaba que yo organizara el sistema de comunicación entre pelotones “en algún lugar de Nicaragua”, casi al mismo tiempo en que yo misma aprendía el sistema, entrenaba radistas a muchos de los cuales había que enseñarles antes a leer y escribir, y me hiciera cargo de un equipo técnico defectuoso y envejecido y, entre minuto y minuto, que les rehabilitara a los rebeldes sin causa.

—¿Y no querés que en mis ratos libres te haga una camisa de croché también?

—Si te queda tiempo, Pipe, también me podés hacer tortillitas de arroz... ya sabés que somos hacedores de imposibles, como el Che.

Tenían su encanto, esto no podía negarse.

Los castigados eran Modesto y Aura. De los nuevos reclutados, recibí solamente dos nombres. Alejandro no quiso nombrar al tercero, porque no quería usar seudónimo, sino que insistía en usar su verdadero nombre.

—Por cuenta está enamorado de su nombre este jodido, que no quiere escoger seudónimo —dijo Alejandro.

En lo que se refiere al primero de los castigados, era fácil entender por qué lo estaba: en su pelotón habían matado una vaca y llevaron la carne en bolsas hasta la improvisada cocina, para salarla y prepararla. Lo mandaron a buscar las bolsas, pero él, que se sentía muy cansado para realizar la tarea, escondió la última de las bolsas en las raíces de un árbol que se hundían en la ribera del riachuelo del cual todo el grupo se servía para beber, lavarse, en fin, para todos los cuidados personales que nos recordaban que aún éramos seres humanos... La carne se pudrió y envenenó todo el río, produciendo en la tropa más bajas por diarrea que las que el ejército enemigo pudo producir en combate en toda la guerra.

Modesto no podía entender que estas tareas fueran necesarias. Él opinaba que se había metido al Frente para dejar de ser esclavo, no podían obligarlo a trabajar. Aura le decía a cada rato:

—¡Y diay, Modesto, tus papás deben haber dejado el alma trabajando, por eso vos les saliste ya cansado!

El nuevo compañero sin nombre de guerra resultó ser un negro de la Costa Atlántica, de casi dos metros de estatura. Se llamaba nada menos que Caterpillar, nombre en el que sus dos metros de estatura y sus 120 kilos parecían sentirse muy cómodos. Era lo más parecido a un tractor de lo que un ser humano podría llegar a ser. Y le gustaba que le dijeren el Negro Caterpillar, porque opinaba que eso de moreno o afroamericano eran chochadas.

Por más que pregunté cuál había sido la falta de Aura,

solo recibí respuestas medio en broma, de esa forma irreverente y bordeando el cachondeo tan propia de los nicaragüenses: “Aura provocaba a los muchachos de la tropa y había ‘creado’ conflictos”. Así, en la segunda persona del singular, como si los conflictos no requiriesen una participación de por lo menos dos para ser creados.

La tarde en que llegaron, cuando conocí a Aura comencé a entender la situación. Aura era una mujer de unos 24 años, un poco más alta que el promedio de las nicaragüenses, con una mirada desafiante en sus hermosos ojos oscuros y almendrados. Era bella como un cuadro de Gauguin, su presencia era en sí una afirmación, y su hermoso cabello negro y brillante casi hasta la cintura le daba esa inquietante fuerza de atracción animal que había puesto de cabeza a todo macho que se respetase en la tropa del Frente Sur Benjamín Zeledón. Había llegado con toda esa mata de pelo extendida, como si fuese una diosa maya, sabiendo que lo primero que yo le ordenaría era ir a sujetarse o cortarse ese cabello. Algo en mi intuición me dijo que con una mujer como aquella yo no podía iniciar las hostilidades desde el primer día.

Mis hombres estaban fascinados. A Jacinto le hubiera podido aterrizar una mosca en los ojos sin que la hubiese siquiera notado. Normalmente, cuando llegaba alguna chica a este mundo de hombres, los muchachos la rodeaban, preguntaban, atendían, servían... en suma, agobiaban.

No fue así cuando llegó Aura. Nadie se acercó a ella, sino que la rodearon de silencio. Los hombres se movían alrededor de ella como gatos en tejado caliente, conscientes de su presencia en cada minuto, pero incapaces de convertirla en una presencia natural. Ella, sabiendo que representaba una deidad en la fantasía de aquellos hombres solos, se comportó lejana y divina.

En realidad, no había ni un solo motivo de queja contra Aura. Cumplía con todas sus tareas a cabalidad. Al día siguiente de su llegada, se hizo una trenza apretada que escon-

dió debajo de la boina del uniforme, lo cual secretamente le agradecí. Tenía una condición física y una memoria envidiables. Cuando sus compañeros estaban a medio desarmar su fusil, ella lo había desarmado, limpiado y armado de nuevo. Le bastaba oír una vez una instrucción para repetirla de manera precisa y sin errores.

Sin embargo, la dinámica entera había cambiado. Durante las siguientes dos semanas se sintió una notable tensión en el grupo. En la reunión política del viernes por la tarde, dijeron los muchachos que había un importante problema de disciplina que querían plantear. Se trataba de Aura. Aura tenía la tarea de traer agua del río, lo cual ella hacía por las mañanas, antes de comenzar a hacer el desayuno. Cargaba el agua en cántaros en la cabeza. Usaba una camiseta verdeolivo, por el calor y porque lo pesado de la tarea hacía que sudara profusamente. Su sudor y el agua que caía de los cántaros de agua hacían que terminara la tarea empapada, con la camiseta marcándole el cuerpo y los dos orgullosos pezones que eran el motivo de desvelo de aquellos garañones. Querían que Aura se pusiera la camisa verde del uniforme para ir a traer el agua. La visión de aquella mujer con sus cimbreantes caderas, cuyos movimientos felinos se acentuaban por el peso del agua, mientras ella, altiva, caminaba consciente de sí misma, los provocaba hasta la locura. Tuve la sensación de que ufanarse de no poder controlar su impulso sexual era parte del “ser tan macho”.

Ella los escuchó atenta, mirando hacia el suelo mientras mordía distraídamente una ramita. Al final dijo:

—Bueno, acepto ponerme el uniforme aunque termine achicharrada por el sol y el calor. Pero tengo una exigencia: no quiero, por la misma razón que ustedes no me quieren ver en camiseta, que nadie en la tropa ande sin camisa a la hora del descanso. Es peor andar sin camisa, totalmente en bolas, que en camiseta. Ustedes me prohíben a mí la camiseta, y yo no quiero verlos a ustedes en bolas.

Los hombres se agitaron. No había ni uno solo que no

se quitara la camisa después de hacer gimnasia. Después de dos horas de gimnasia y dos de ejercicios militares por la mañana, el sudor se podía medir en litros. Quitarse la camisa y tenderse a la sombra de un árbol era el único placer verdadero que se podía experimentar en aquella guerra tropical a 36 °C.

—Ahora creo que la compañera está apelando al igualitarismo para vengarse —dijo Modesto—. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Hay una enorme diferencia entre que me quite la camisa yo y que se la quite ella. A mí nadie me quiere ver.

—¿Ah, sí? —dijo Aura—. Yo te quiero ver.

La gente se quedó en silencio, desconcertada.

—Pues yo me siento igualmente provocada por ustedes cuando veo sus pechos musculosos, sus hombros brillantes, sus espaldas anchas... Lo mejor es que ni yo traiga el agua en camiseta ni ustedes se quiten la camisa. De lo contrario, tienen que probarme que yo no siento lo que siento. ¿Cómo lo saben ustedes? Yo siento que me ahogo, que me falta la respiración, cuando veo tanto hombre desnudo. Es hasta peligroso que me sienta así. Quién sabe qué conflictos puedo iniciar. Déjense la camisa en su lugar y asunto arreglado.

La reunión terminó con la propuesta de Pedro el político: iban a ignorar a Aura mientras cargaba el agua. Nadie la volvería a ver, sería invisible durante los minutos en los que traía el agua. Aura estaba callada masticando su ramita y mirando al suelo. Sonreía.

Los hombres iban al río en escuadras de cinco, para bañarse, lavar su ropa y atender sus menesteres personales. Siempre habría dos haciendo guardia mientras los demás se bañaban.

Cuando me tocaba mi turno de ir al río para asearme y lavar mi ropa, lo hacía junto con las únicas dos mujeres que habían: Aura y Patricia. Estábamos obligadas a tolerar que la escuadra de hombres vigilara a unos cien metros del río

mientras nos bañábamos, ya que nosotras no podíamos montar guardia.

La selva tropical de Nicaragua está poblada de monos de diferentes especies. Desde que nos desvestíamos, comenzaba una gran gritería de monos. Saltaban, se cruzaban los árboles, chillaban. Estas mujeres desnudas y sin pelo en el cuerpo los lanzaban cuesta abajo en la más desenfrenada euforia. Por esta razón, Patricia y yo nos bañábamos con cuidado porque, aunque fueran monos, nos miraban y, quién sabe, yo no veía mucha diferencia entre ellos y sus primos que estaban montando guardia cien metros más arriba en el monte.

Aura hacía sus cosas con una gran parsimonia. Lavaba su ropa y la ponía a secar, y después se metía a la gran poza y nadaba antes de enjabonarse, silenciosa. Habría jurado que posaba, como si supiera que la estaban observando. Un día, después de bañarse, de repente cogió su fusil y disparó contra la selva. Patricia y yo la miramos sorprendidas.

—¿Y a vos qué mosca te picó? —la increpó Patricia.

—Me revientan esos monos jodidos gritando y chillando.

—Bueno, Aura, eso no es motivo para matar a un animalito —le dije—. Ahora mismo vamos a ir a ver, y si has matado un mono, voy a tener que darte un castigo disciplinario —la sentenció.

Afortunadamente no había matado a nadie. Consideré conveniente olvidar el asunto, a pesar de que el reglamento prescribía castigos para los combatientes que dispararan por gusto e irresponsablemente.

Por la tarde, a la hora de cenar, Ramiro pidió permiso para irse a acostar, porque se sentía mal.

—¿Qué te pasa? —le pregunté—, ¿estás resfriado?

—Le duelen los ojos —comentó alguien entre las risotadas de la tropa.

El responsable de escuadra me informó en la mañana que Ramiro se había herido él mismo cuando desarmaba su fusil. Lo clásico: olvidó que tenía una bala en boca. La bala

le había rozado la oreja, nada serio, pero él se sentía acosado de la vergüenza.

Miré a Aura, que estaba rígida y seria, en posición de atención, en la fila. Sus ojazos almendrados sonreían. Los días pasaban, y la tensión a su alrededor se sentía en el aire y cada vez más pesada. Para evitar incidentes desagradables, decidí que Aura iba a dormir en mi tienda, para aprender el manejo de la radio. Era rápida para pensar, tenía una voz clara y modulada, y aprendía todo tan rápidamente, que valía la pena invertir el tiempo en ella.

Comencé con ella el entrenamiento para la radio. Las cuestiones técnicas las aprendía sorprendentemente rápido, pero me intrigaba la causa de sus dificultades para otras cosas incluso más simples. ¿Por qué no podía entender el manejo de los códigos bastante sencillos que usábamos en la comunicación? Pronto descubrí la razón.

— Aura, ¿tú no sabes leer y escribir, verdad?

Ella bajó los ojos sin contestar y se puso a raspar la mesa con el índice, como una niña a la que han sorprendido en medio de una situación muy comprometida. Todo lo que yo le había enseñado lo había aprendido de memoria, incluso había aprendido a “leer” palabras usuales, también de memoria.

Aura se avergonzaba terriblemente de su ignorancia. Campesina, hija mayor de nueve hermanos, había tenido que trabajar de manera bastante brutal casi desde los cuatro años. Un intento de violación de su padrastro fue suficiente para que Aura, después de darle una buena patada en el cerebro, que en el caso de este señor estaba entre las piernas, se fuera de su casa a los dieciséis años. Trabajó como sirvienta en casas de diferentes familias. Las historias que Aura podía contar de su vida en esas casas podrían servir para escribir doce volúmenes bajo el título “Historia de la violación sistemática de los derechos humanos en la edad media de Nicaragua (1970-1979)” en orden alfabético. Antes de cumplir diecio-

cho años quedó embarazada del único hombre del que se había enamorado en la vida. “El único engaño de mi vida —solía decir—, porque no habrá un segundo”. Había dejado a su hijita, ahora de cinco años, con una parienta cuando se enroló en el Frente.

Aprendió a leer y a escribir en solo un par de semanas. Después aprovechaba cada minuto libre y cada pedazo de periódico que encontraba para descifrar lo que estaba allí impreso, como si quisiera pagarse todos los años en que aquellos misteriosos signos indescifrables por su analfabetismo habían sido inaccesibles para ella.

Una tarde de lluvia, mientras estábamos transmitiendo, oímos un tumulto. Modesto se negaba a obedecer a su jefe de escuadra, que le había ordenado el aseo de la cocina, que le correspondía según el esquema rotativo en el cual todos, incluidos los jefes, estaban obligados a tareas en la cocina por turnos. Llegué adonde estaban los hombres en el preciso momento en que Modesto le largaba un potente derechazo a Rodrigo, su jefe de escuadra. Rodrigo, estudiante de la ciudad, apenas hubiera podido defenderse de este muchachote campesino de manos rudas. Me oí gritar con pánico:

—¡Modesto! ¡Atención!

Se volvió hacia mí con ojos furiosos y con un odio que nadie merecía. Fue hasta entonces que reparé en que estaba desarmada. Oí detrás de mí el clic de la carga de un fusil. Era Aura, que con voz calmada le dijo, apuntándole a la cabeza y con tono pedagógico:

—Ya oíste, compa. La compañera te or-de-nó que te pongas en posición de atención.

—Lo que me faltaba —dijo Modesto, mientras avanzaba peligrosamente hacia mí—, que ahora hasta las putas manden en el Frente. Primero me...

El silbido de la 7.62 le pasó rozando la oreja. Modesto se llevó la mano a la cabeza con gesto de dolor, circunstancia que aprovechó Caterpillar para reducirlo. Esta sería su última falta en el Frente antes de darlo de baja.

Para la víspera de Navidad se había anunciado que habría alto al fuego, ya que la gente civilizada se mataba como cristianos. ¡Faltaba más! Algunos de los jefes del Frente habían decidido pasar su Navidad en Costa Rica y habían desaparecido, sin advertencia, de sus puestos. Si la Guardia somocista no respetaba el alto al fuego, íbamos a tener verdaderamente una Navidad inolvidable.

Aura se acostó en su hamaca y se puso a oír la Radio Nacional de Nicaragua. En el noticiero de las 10, muy seriamente, se anunciaba la muerte del comandante Santiago, a quien la Radio Nacional calificaba como “mercenario cubano-argentino al servicio de los sandino-comunistas”. Según la Radio Nacional: “la fuerza mercenaria comandada por Santiago había sido eliminada de manera total por un exitoso operativo de la gloriosa Guardia Nacional, en las cercanías de Peñas Blancas”.

Llamamos inmediatamente a Santiago por la radio, y nos contestó riendo:

—Santiago a Base 15, Santiago a Base 15; conteste, Base 15. Cambio

—Aquí, Base 15, Santiago. Estábamos preocupados. La Radio Nacional está diciendo que te dieron tiste. Pero tienes una voz demasiado clara para estar hablando desde el otro lado. Cambio.

—Hermanitas, los muertos de los que hablais gozan de buena salud —dijo un risueño Santiago, parafraseando a Sancho Panza—. Cambio y fuera.

Se oían las risotadas de la gente que seguramente pensó que la histeria de la que somos sospechosas todas las mujeres nos jugaba malas pasadas. Nos fuimos a acostar con el peso del ridículo, pero aliviadas de que aquello no fuese verdad. Yo tenía el turno de la noche en la radio, por lo que dormía cerca del aparato, para despertar en caso de emergencia. Cerca de la madrugada, llegó la primera llamada de auxilio de Santiago:

—Santiago a Base 15, urgente. Conteste, Base 15. Cambio.

La Guardia había llegado en camiones y había comenzado a tenderse en un radio de un kilómetro alrededor de ellos casi inmediatamente después de nuestra comunicación. La vigilancia de turno los había detectado, y la noticia le había llegado a Santiago cerca de las 12 de la noche. Ahora la Guardia había comenzado a avanzar.

La misión de nuestra base de radio era establecer comunicación entre los pelotones, lo hacían por medio de nosotros, ya que ellos no se podían comunicar entre sí. Tratamos desesperadamente de comunicarnos con la tropa que estaba más cerca de Santiago, para que por lo menos pudiese ayudarles a romper el cerco y hacer un corredor por donde salir.

Los celebrantes de la Navidad no estaban accesibles. Habían apagado los aparatos, para no seguir oyendo mujeres histéricas anunciando derrotas. La voz de Santiago sonaba cada vez más preocupada. Nos describía minuto a minuto los movimientos de la tropa enemiga, mientras nosotros tratábamos desesperadamente de hacer un enlace con alguien que estuviera cerca.

Habían anunciado una victoria —entonces hipotética— antes de que se acordara el alto al fuego, para poder asegurar en su cochina propaganda que ellos habían respetado el acuerdo, al mismo tiempo que aprovecharon la credulidad nuestra para hacer un operativo sorpresa después.

Aura me dijo:

—Mandame a mí con por lo menos dos escuadras. Tenemos la ventaja de la sorpresa. A estas alturas ya la Guardia sabe que no podemos comunicarnos con nadie, su inteligencia seguro ha detectado nuestras comunicaciones. No nos esperan.

—Aura, eso es una locura. Para romper ese cerco se necesita por lo menos un pelotón. En todo caso, no te mandaría a vos. No voy a cargar tu muerte en mi conciencia por el resto de mis días.

—Pero no te molesta cargar con la muerte de Santiago —me dijo—. Por otra parte, no se trata de vos y de tu conciencia, se trata de que somos combatientes del FSLN y estamos aquí para tener patria libre o morir. No tenés alternativa, compa, mandame.

Contra toda lógica, ocurrió tal como Aura lo había dicho: lograron sorprender a las tropas de tierra cuando ya las autotransportadas se alejaban. Aunque lograron romper el cerco, habían llegado tarde.

Aura combatió como una leona, pero después lloró sentada en el suelo frente los cuarenta combatientes sacrificados en aquella masacre estúpida. Cuando la dirección del Frente fue informada de lo ocurrido, la promovieron a jefe de pelotón. Esto la llevó naturalmente a combatiente de primera fila, y fue trasladada a Peñas Blancas.

Después de la victoria del Frente, me pregunté muchas veces qué había pasado con ella, sospechando que su temeridad la hubiese llevado a ser una de las tantas bajas de la guerra. De vez en cuando oí que su valentía e inteligencia la hicieron destacar en el combate, pero después, a pesar de que pregunté por ella repetidas veces, nadie pudo darme ni una pista de su paradero. Yo ni siquiera sabía su nombre.

Han pasado cinco años desde el triunfo de la Revolución Sandinista. Muchas cosas han cambiado en Nicaragua desde entonces; otras han cambiado solo lo suficiente para no cambiar en realidad.

¡Cuarenta grados centígrados! La gente se amontona a la orilla de la carretera para poder subirse en un camión de carga que les permita regresar a sus casas. Casi no hay transporte público en Nicaragua.

Detrás de mí, una voz conocida grita un nombre conocido que ya no es mi nombre. Volteo:

—¡Aura! ¿Dónde te habías metido, mujer? ¡Le he preguntado por vos a todo el mundo!

—Me desmovilizaron por mi embarazo —me dijo—. Me junté con Ramiro.

— ¡Te logró pescar! —le dije, sin observarla detenidamente, porque si lo hubiese hecho, habría notado su semblante triste, su bello rostro marchito y cansado, sus caderas ampliadas por las repetidas maternidades, sus pies casi descalzos, sus ropas humildes demasiado usadas y la sencilla venta de pan que ofrecía en su canasto de vendedora ambulante.

— Para lo que me sirvió — me dijo—. A pesar de los cuatro chavalos que tuvimos, me dejó sin siquiera tener la valentía de decírmelo. El Frente lo mandó a estudiar a Cuba, y cuando vino comenzó a trabajar como guardia de seguridad de Daniel Ortega. Allí conoció a una maestra que él consideró su igual, ahora que había estudiado y tenía trabajo. ¿Por qué iba a querer quedarse con una mujer analfabeta como yo?

— No sos analfabeta, Aura. Recuerdo que vos leías.

— Eso fue hace tanto, que ya ni me acuerdo. De poco me sirvió eso la semana antepasada, cuando se murió mi hijito, el tercero, mi chele.

— ¿De que murió tu hijo, Aura?

— ¿Qué importa de qué? Al final es hambre, compa. Su padre ni se enteró de su muerte. Como ves, los sueños de una Nicaragua libre y para todos se quedaron en eso, sueños, y para mí, el despertar se parece más a una resaca. Las cosas siguen igual, y así seguirán. Lo que me alegra es que mis hijos son hombrecitos y por lo menos no les va a tocar un destino de mujer. ¿No me querés comprar pan, compa? ¡Comprame! No he hecho ni siquiera nombre de Dios...

Beto y el renacer

• Qué va! Una mujer embarazada no puede ser sospechosa de andar llevando y trayendo armas para la guerrilla. Y la Renata se sentía verdaderamente muy embarazada. Confiaba en que la policía política, omnipotente, omnipresente y omnisapiente como el Espíritu Santo fuese de la misma opinión que ella.

Esta vez había que trasladar veinticinco cajas con explosivos y material para fabricar bombas a una base del FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional). Por suerte, recibió el carro ya cargado, con las cajas ordenadas, camufladas como cajas de jabón para lavar ropa, con sus marquetas de oloroso jabón encima de cada caja, lo que daba una cierta seguridad de salir bien librados si no se tratase de un registro muy riguroso. El operativo de seguridad era muy simple pero igualmente ingenioso. Era ese ingenio artesanal de la inteligencia popular que las computadoras del Pentágono no alcanzaban a desarmar, precisamente por su simplicidad.

Delante del carro de Renata iba otro carro completamente limpio, cuya misión era cubrir el carro con la carga y, eventualmente, parar en el retén de la Policía, en caso de

ser detenidos, para permitir que el carro de Renata siguiese su camino con la carga, evitando ser cateado. Renata iba conduciendo, llevaba como escolta en el asiento delantero a Beto, un niño de doce años, guerrillero más por destino que por elección.

De la manera que se viese, conformaban una pareja de lo más desigual. Renata había elegido esta vida. Su involucramiento en la guerrilla era el resultado de una serie de crisis en las que cuestionaba el orden de cosas de una sociedad injusta, crisis que ella intelectualmente resolvió con su decisión de abandonar su cómoda vida e incorporarse al movimiento revolucionario. Beto no eligió la vida de guerrillero. Para Beto era una verdad a medias que la vida lo eligió a él, porque la otra media verdad es que la muerte también lo eligió.

Tan solo dos meses atrás vivía Beto con sus padres en una pequeña aldea al norte de Suchitoto. Su vida de niño consistía en sacar el ganado a pastar por las mañanas, ayudar a su padre en el ordeño de las vacas, tomar su desayuno de leche hervida, fresquecita y recién ordeñada, con tortillitas calientes recién salidas del comal e irse para la escuela.

Cuando regresaba de la escuela, iba jugando en el camino con su trompo de madera, labrado y afiladito por su papá, ayudaba a guardar el ganado y después degustaba la copiosa cena que su mamá solía preparar. Su papá contaba a menudo cuentos de aparecidos en la noche para toda la familia. Beto se acostaba en su hamaca a oírlos, muerto de miedo pero aparentando que a él el miedo ni lo tocaba. Para eso era machito.

La primera vez que Beto supo que el mal existía fue cuando los escuadrones de la muerte llegaron a la escuela de su cantón y de un tajo le cortaron la cabeza al maestro, un maestro jovencito que había empezado a trabajar en ese lugar ese mismo año, después de que lo habían esperado durante tanto tiempo, pues el delegado escolar les decía que no había maestros para cubrir esa plaza. No alcanzó a trabajar ni seis meses.

La cabeza del maestro permaneció durante horas en el escritorio, chorreando una sangre espesa y oscura. Después se hizo un charco gelatinoso y se llenó de moscas. Beto procuraba no mirarla, pero se sorprendió yendo a mirar una y otra vez, con morbo infantil, la cabeza sangrante del joven maestro. No podía apartar los ojos de aquella cabeza que conservaba, aún después de la muerte, aquella extraña expresión de terror. Después soñó con el maestro y con el episodio de la muerte muchísimas veces. Perdió la alegría de ir a la escuela y se quedaba trabajando en la casa. Los padres no dijeron nada, porque en esa época el miedo era el sentimiento más normal. Nadie hablaba del miedo, porque el miedo era tan natural como el aire. Como tampoco fue nada del otro mundo que Beto tuviera pesadillas y dolores de estómago todos los días. Padecía como todo el mundo en Suchitoto.

Cuando Beto y su familia se acostumbraron al miedo, empezaron a tener espacio para otros sentimientos. Por ejemplo, la rabia y la indignación que ellos y sus abuelos no habían sentido antes. La indignación llevó a los padres de Beto a colaborar con “los muchachos”, que eran otros acostumbrados al miedo. Una parte de la cosecha y los quesos iban para el monte, para el bastimento de los muchachos de la guerrilla.

Una noche lluviosa del mes de septiembre, llegaron los escuadrones de la muerte a la pequeña casa en la que vivían Beto y sus padres. Beto los oyó primero, porque andaba orinando fuera de la casa. Se quedó paralizado en la oscuridad, viendo cómo sacaban a su papá. Le amarraron los pulgares con los brazos hacia atrás, como si fuera un criminal. Después le pusieron una bolsa plástica en la cabeza y sobre la cara, y lo golpearon y patearon hasta que ya no se movió. Beto lloró quedito, oculto entre los matorrales. Lo que le pasó a su mamá no lo vio. Lo comprendió mucho después, cuando los compañeros contaron de una compañera que fue

violada en las cárceles de la Policía de Hacienda. Cuando oyó de la violación de esta compañera, Beto, sin que nadie lo notara, se fue para el monte a llorar, para que los compañeros no lo vieran y creyesen que él, por tener solo doce años, no tenía moral revolucionaria. No había nadie en el monte para consolar a un muchachito de doce años con una soledad mayor que su edad.

Ese día de septiembre en que mataron a sus padres, amaneció Beto siendo ya un viejo de doce años. Salió de los matorrales ya decidido a encontrarse con su destino. Buscó contacto con la guerrilla y pidió integrarse como combatiente. Aprendió a armar y a desarmar un FAL y el AK-47, pero le dieron una pequeña Carabina .30, porque su cuerpo de niño viejo de doce años no podía con un fusil de dos kilos de peso más la munición. Después del período de entrenamiento, recibió misiones serias de la guerrilla, como un hombre más.

Estaba orgulloso de que le hubiesen dado una misión en la ciudad como “seguridad” de la Renata. Apretaba con cariño el revólver .45 que llevaba en su magra cintura, casi colgado, y no movía el dedo del seguro, listo a quitarlo en caso de necesidad. Se había jurado que a la Renata no le iba a pasar lo mismo que a su mamá. En el bolsillo izquierdo del pantalón acariciaba su “piña”, una pequeña granada de mano que guardaba para casos de necesidad.

Salieron de San Antonio Abad con su carga, a las 7:30 de la mañana. Era más seguro aprovechar las horas pico en que el tránsito era tan endiablado que ni la Guardia lograba controlar tanto como ellos quisieran. Adelante iba el compañero Gustavo, apodado el Chiquitón por sus dos metros de estatura en un país en que el promedio es 1.65 m, quien miraba por el espejo retrovisor cada minuto, para asegurarse de que el carro de la Renata viniese detrás, a una distancia no mayor a cinco metros.

Atravesaron toda la ciudad. Casi. Porque a la altura del paseo Independencia apareció, como de la nada, el operativo de la Policía. Era una nueva modalidad: en vez de tener

retenes fijos como siempre habían hecho, tomando carros al azar para someterlos al cateo, aparecían de repente, cerrando ambos extremos de la cuadra y revisando uno por uno todos los carros que quedaban embotellados. Toda la idea del operativo guerrillero quedaba desmontada. Renata apagó el motor y se quedaron en silencio, esperando su turno para ser revisados.

—Estamos listos, compita —dijo la Renata tratando de bromear, a pesar de que ambos sabían que era el fin. Hacía falta un milagro para salir librados de esta, y los milagros sencillamente no existen.

—¡No nos van a agarrar vivos, eh, Beto! Cuando nos toque el turno, yo voy a avanzar y a frenar como que tengo intención de parar, pero en vez de eso acelero. Tené lista la granada. Cuando veás que yo acelero, jalás la espoleta y se las tirás. A lo mejor tenemos un chance, por la sorpresa; a lo mejor no, y aquí nos quedamos los tres —dijo la Renata, tratando de levantar los ánimos. Hacía calor y el sol de las ocho de la mañana era ya lo suficientemente caliente para derretir todas las marquetas de jabón encima de los explosivos.

Beto trató de pensar cómo iba a ser reunirse con su mamá y su papá. ¿Lo iban a reconocer ahora que había crecido tanto? Cómo los iba a encontrar entre la gran cantidad de gente que debe haber del otro lado, toda esa gente que ha muerto durante esta guerra...

La Renata estaba sudando como solo las mujeres embarazadas tienen capacidad de sudar. Se anudó el cabello por detrás con un lápiz y comenzó a abanicarse con un pedazo de cartón de las cajas de jabón de la carga. Uno de los policías del grupo miró hacia ellos y vino directamente. Beto apretó la granada y pensó: “Es ahora, nuestro tiempo se terminó”.

El policía saludó cortésmente a la Renata:

—Buenos días, niña Elenita.

¡Elena! ¿Será posible que la Renata sea en realidad una niña bien, que se llame Elena y que además la conozca un

policía? Beto contuvo la respiración. Buscó con el índice la espoleta en la granada, para tenerla localizada con seguridad cuando llegara el momento de usarla, y la acarició aliviado con el dedo índice de su mano crispada.

—¿Cómo puede ser que no se acuerde de mí, niña Elenita? Soy Tulio, mi papá era colono de la hacienda de su abuelo. Fue su mamá quien me trajo a la ciudad, a trabajar en el restaurante mientras estudiaba. Esa es una deuda que yo tengo con su mamá, ahora que soy oficial de policía gracias a ella.

Por la cara de la Renata, adivinaba Beto que ella no se acordaba del dichoso Tulio pero ni lo más mínimo. Por eso se sorprendió al oírla decir: “Ah, sí, Tulio. ¿Cómo está?”, y empezar a hablar con él. No le gustaba esta Renata que de repente se llamaba Elena. Si hasta el modito sencillo de la Renata, por el que todos la querían, cambió de repente. Empezó a hablar con otro tono de voz, con otros gestos, con voz y gestos de Elena, como si fuera una señora.

El tal Tulio se disculpó por las molestias que el operativo le estaba ocasionando a la señora Elena, y al mismo tiempo le pedía un poco de comprensión por el trabajo que ellos estaban realizando para librar al país de esta peste de la guerrilla.

—Claro que lo comprendo y les agradezco —le dijo la Renata con expresión coqueta—. Si el que no comprende es este, que casi se me sale por la boca cuando tengo que estar aquí sentada en este carro incómodo y sin moverme, bajo este sol que me derrite el seso —dijo, señalando su barriga de ocho meses de embarazo.

Tulio fue un momento adonde estaba el grupo de policías revisando el carro de turno, dio unas cuantas órdenes y le hicieron señales a la Renata de conducir fuera del grupo de carros, hacia la salida del retén. Tulio le dijo con una sonrisa de oreja a oreja:

—Puede irse, niña Elenita. Yo ya les he explicado a los compañeros aquí que usted es conocida mía y de una familia decente. Mis disculpas una vez más por las molestias.

—Muchas gracias, Tulio, no necesita disculparse. Sigam nomás trabajando, que la patria los necesita —les dijo la Renata, mientras aceleraba con la elegancia de la recién ganada confianza de quien vuelve a nacer después de haber muerto hace cinco minutos. Condujo sin rumbo un largo rato, inmedible con los conceptos mortales para medir el tiempo. Después enfiló hacia la carretera sin decir palabra. Beto tampoco se atrevía a hablar.

De repente, paró a la orilla de la carretera y se comenzó a reír. Se rio como nunca en su vida. Beto se contagió y juntos se rieron casi hasta reventar. Empezaron a repasar todos los detalles del incidente, y cada vez les parecía más divertido. Quien los haya oído reírse así no habría adivinado que habían estado tan cerca de la muerte, porque ahorita lo que importaba, lo que realmente importaba, era la vida. Se rieron de las coincidencias y de las no coincidencias, y de las equivocaciones, y de que por una vez en la vida la injusticia había sido tan justa, y de que el Chiquitón se quedó “pegado” en el retén, y de que la Renata barrigona le coqueteaba al policía, y de que niña Elenita por aquí, y de que niña Elenita por allá.

Después, cumplieron con la misión de llevar los explosivos hasta la base guerrillera. Contaron el incidente cientos de veces, y aguantaron las bromas de los compañeros hasta que se durmieron. Ese día nacieron de nuevo. Solo faltaba saber cuánto les iba a durar la nueva vida. Y si iban a tener otra cuando se la gastaran.

El centauro (Nadie es profeta en su tierra)

A Pablo Cerna, quien me contó sobre un centauro que fue visto en Morazán después de la guerra, relato que inspiró este otro que Pablo ya no puede leer. A ese gran amigo con quien la vida fue tan injusta, y la muerte aún más.

I

Era muy difícil que la prensa nacional lograra superar los titulares, pero sobre todo el número de ejemplares de las tiradas diarias durante los tiempos de guerra.

Después de doce años de estar sirviendo a sus lectores las más espeluznantes noticias de aldeas enteras asesinadas y mostrando fotografías de cadáveres en posiciones horripilantes, por haber sido quemados vivos con sopletes de acetileno, no había manera de mantener el interés del público lector por una simple muerte en un drama pasional o un accidente de tránsito. ¿Qué es un asesinato, comparado con las masacres de los tiempos de la guerra? A nadie se le ocurría comprar el periódico para leer sobre hechos tan anodinos como un crimen pasional o el robo de diez computadoras en la alcaldía de Cuyultitán, después de estar leyendo sobre masacres durante más de doce años. Los grandes matutinos estaban

desesperados por la caída en picada de los ingresos por la venta de periódicos.

Hasta que las noticias de un misterioso centauro que había sido visto por diferentes personas en la zona de Morazán llegaron hasta la prensa nacional. Un centauro aparecido de repente y de la nada en la zona de guerra en el departamento de Morazán. Una aparición sin ninguna explicación lógica religiosa ni de ninguna naturaleza.

Los salvadoreños somos muy buenos para explicar todo aquello que no entendemos en absoluto. Había las más diferentes hipótesis, todas especulativas, acerca de la naturaleza y origen del centauro. Desde la beata que explicaba su aparición como un castigo divino, en razón de los excesos cometidos por ambas partes durante la guerra, hasta la “científica” que decía que tanto el centauro como algunos diputados de la Asamblea Legislativa eran el producto fracasado de la manipulación genética de cierto laboratorio secreto de los Estados Unidos, responsable también del virus del sida.

Lo verdaderamente desconcertante es que personas de cuya seriedad y estatura moral era imposible dudar aseguraban haberlo visto y hasta hablado con él. Tal era el caso del padre Damián, párroco de la iglesia de Jesús Crucificado del pueblo de Jocoaitique.

El padre Damián aseguraba haber conversado con el centauro durante toda una noche acerca de la política internacional, la cuestión palestina y las posibilidades de reconstrucción de la economía nacional, en el supuesto, claro está, de que ARENA, el FMLN y el Banco Mundial no lleven el país a la bancarrota y haya, por lo tanto, una economía que reconstruir.

Y frente a esas cejas escépticas que se empiezan a levantar: ¿qué necesidad tiene un hombre como el padre Damián de inventarse una cosa semejante? Si él hubiese salido diciendo que la Virgen de Fátima se le apareció a él solito, ordenándole construirle una catedral de diez millones de dólares en la punta del cerro sí habría razón de ponerse escép-

ticos, pero el hombre estaba diciendo una cuestión que no lo beneficiaba en absoluto.

Otro testimonio interesante fue el de una joven campesina de dieciocho años, vecina del cantón Guachipilín, al norte de Morazán. Esta joven, cuyo cristianísimo nombre de pila era Purificación pero que ella, avergonzada, había cambiado por Lita, aseguraba que el centauro la perseguía con fines amorosos, a pesar de que ella lo enfrentaba con el arma de su virtuosa castidad y sus rotundos no.

Los periódicos de la capital publicaron, además de encantadores reportajes a Purificación, llamada Lita, y a toda su familia, diversas entrevistas a gente del vecindario, de las cuales la más leída fue la realizada a la Sociedad de Hijas de María, en la cual declaraban que la persecución de Purificación por el centauro era una señal del cielo, ya que la mamá de la susodicha se ocupaba de toda clase de encargos amorosos en los cuales los enamorados no correspondidos, por una módica suma y al contado, podían obtener con la ayuda de la magia negra, blanca y de otros colores, lo que no eran capaces de obtener con solo su encanto personal.

Estos reportajes con tantos y tan sabrosos ingredientes triplicaron la tirada de los matutinos. Aún la gente que no sabía leer y escribir compraba el periódico para reunirse por las tardes en algún ventilado corredor y poner a un escolar a leer en voz alta, para todos los que quisieran enterarse.

El asunto alcanzó tales proporciones, que los preocupados promotores de la telenovela *Lágrimas de sangre de una madre VIII*, en su capítulo número 99,876, comenzaron a rifar refrigeradores entre las personas que fielmente encendieran su televisor a la hora de la novela, ante la alarmante fuga de televidentes.

Si el centauro no existía en realidad, la prensa lo inventó. El caso es que comenzó a existir en la cotidianidad de los salvadoreños. Las mamás amenazaban con llamar al centauro si los niños se portaban mal; las empresas de seguridad

hicieron el negocio del siglo, instalando cercas alarmadas contra centauros; las compañías de seguros inventaban causales especiales incluidas en los seguros de vida, ante la eventualidad de perderla al encontrarse con un centauro; los vendedores de carros anunciaban frentes reforzados anticentauro en sus últimos modelos de automóviles; se imprimían camisetas con centauros; y hasta ocurrió que los salvadoreños se regalaron mutuamente pequeños centauritos sonrientes el Jueves de Corpus. De tal manera que los periódicos ya no se atrevieron a negar la existencia del centauro.

II

Para ustedes que no están muy familiarizados con la existencia de los centauros, estos son seres mitológicos, mitad hombre y mitad caballo. Las primeras noticias sobre centauros las tuvieron nuestros tatarabuelos, cuando creyeron que los conquistadores montados en sus caballos eran aquellos seres mitológicos: los centauros. Imagínense el pánico de los pobres abuelos americanos al ver a los montados barbudos que creían que habían llegado a la India.

En realidad no tienen ustedes que imaginarse nada. Basta ver los resultados de la conquista para comprender lo que aquellos aztecas, mayas, nahoas y pipiles vivieron cuando vieron a aquellos malolientes y peludos europeos en sus igualmente malolientes y peludas cabalgaduras. Los tomaron naturalmente por lo que parecían. Lo extraño hubiera sido que los tomaran por el Quijote de La Mancha, cuando los americanos no tenían ni la más remota idea de quién era el Quijote ni La Mancha, ni siquiera España.

Titular de *El Gráfico*, lunes 18 de abril: “El centauro: un mensaje del espacio”. Y en letras más pequeñas, una complicada historia de luces centelleantes y naves que se deslizaban elípticamente, sazonadas copiosamente con citas proféticas de la Biblia y el *Popol Vuh*; así como crípticas alusiones a

Nostradamus, que igual se podían referir al centauro como al terrible vecinito de la esquina que nos había sacado canas verdes a todos.

Un tiempo después pudo leerse en un vespertino: “El FBI, interesado en el centauro”, donde se relataba cómo un grupo de caballeros con una apariencia entre Eliot Ness y Al Capone habían visitado el país, entrevistándose secretamente con la gente que tiene la sartén por el mango (y no se quema). De esto no se supo nada a continuación, por lo cual los contactos del centauro con el FBI o la mafia quedaron en el más oprobioso anonimato.

Pero lo que en realidad mantenía vivo el interés de la gente eran los mensajes dejados por el centauro en la caja de limosnas de la iglesia de Jesús Crucificado de Jocoaitique. Los periódicos habían destinado un corresponsal en Jocoaitique solo para presenciar, cada mañana, cuando se abría la caja de las limosnas y así servir la primicia de un nuevo mensaje del centauro, siempre en los más variados trozos de papel y con lápices de la más variada calidad. El mensaje sobre el inminente fin del mundo, por ejemplo, lo escribió el centauro en el dorso de un papel de chicle Boom, por lo cual era muy difícil descifrar aquellas letras inseguras sobre papel encerado.

La dificultad de leer los textos daba lugar a múltiples malentendidos, pero también a interpretaciones diversas, imprimiendo a los mensajes del centauro ese tonito místico que cada profeta que se respete debe procurar tener en sus mensajes.

En el mensaje del envoltorio de chicle Boom, el centauro había escrito “SE ACERCA EL FIN”, lo cual fue interpretado como “se acuesta al fin” o “lo que cuesta allí”; interpretaciones que se relacionaron la primera con una viudita difícil que durante años se había resistido a los requiebros de Félix, el boticario, pero que después de pensarlo mejor había decidido hacerlo feliz; y la segunda, con los precios de la tienda del turco Abdalah.

La Iglesia católica, que hasta ahora había tolerado no sin cierto disgusto el asunto, reaccionó indignada frente a lo que consideró un asunto de su exclusiva incumbencia. “Esto de predecir el fin del mundo es y seguirá siendo una misión exclusiva de la Santa Madre Iglesia”, explicaron los obispos a sus rebaños, lo cual era, naturalmente, una declaración de guerra a nuestro amigo el centauro.

Al día siguiente, el obispo de San Miguel leyó una homilía en la que se expresaba la opinión de los obispos en pleno: en primer lugar, y bajo pena de excomunión, prohibía al centauro tomarse libertades heréticas como el abuso de usar la caja de limosnas de la iglesia de Jesús Crucificado de Jocoaitique para dejar sus sospechosos mensajes; en segundo lugar, prohibía al centauro hacer profecías; y a los fieles, también bajo amenaza de excomunión, andar poniendo oídos a profecías de individuos tan equívocos como un centauro: “Las únicas profecías válidas son y seguirán siendo las reconocidas por la Santa Madre Iglesia de Roma, como las profecías de la Virgen en su aparición en Fátima”. “Desde este momento —dijo el obispo, rojo por la indignación y el vino de consagrar—, se declaran heréticas todas las profecías hechas y por hacer por el centauro; y a los fieles que las escuchen, en pecado mortal”.

El centauro respondió a esta provocación del poder divino en la tapa de una caja de jabón Lavasol, diciendo que la iglesia es la casa de Dios, que es Dios sobre todo lo creado, aún de los Centauros, porque de lo contrario tendría que aceptarse que los centauros han sido creados por otro dios, lo que le daba un golpe mortal a la propaganda de la iglesia de que Dios era creador de “todo” cuanto existe. Además, agregaba que ningún cura, por muy obispo que fuera, podía prohibirle a él dejar los mensajes que se le antojaran en la casa de su padre, siendo él también, como quedaba probado arriba, hijo de Dios.

Los obispos, indignados por la respuesta del centauro, solicitaron a Roma su excomunión. El centauro respondió

a esta nueva embestida del poder eclesiástico en el dorso de media papeleta de propaganda del partido ARENA, diciendo que él, puesto que solo era ser humano por la mitad, solamente podía ser medio excomulgado y que estaba decidido a seguir escribiendo lo que le diera su regalada gana con su otra inexcomulgable mitad.

El pueblo salvadoreño entero se puso de parte del centauro y en contra del abusivo poder divino que pretendía silenciarlo. Y todo hubiese terminado bien si el centauro no hubiese continuado haciendo nuevas y aventuradas profecías, que atentaban ya no solo contra un futuro hipotético, sino contra un muy concreto presente material.

III

El centauro se llamaba en realidad Gerardo Resurrección Barrios y era originario de Ahuachapán, en el occidente de este país que a ustedes seguramente les debe parecer que no tiene norte, ni sur, ni mucho menos oriente y occidente: esta pequeña manchita de 21,041 kilómetros cuadrados que se llama pomposamente El Salvador.

El nombre de Gerardo lo eligió su papá, para aprovechar la coincidencia con el apellido Barrios. Gerardo decía, a quien lo quería oír, que su familia era descendiente cercana de aquel reformador liberal, Gerardo Barrios, asesinado por los conservadores en el siglo XIX. La verdad era que no eran siquiera parientes. El “Resurrección” en medio se debió a que Gerardo nació el último día de la Semana Santa, el Domingo de Resurrección, por lo cual sus padres se vieron obligados a ponerle un nombre cristiano, porque el cura del pueblo, el padre Gonzalo, se negaba a bautizar a los niños que no llevaran el nombre del santo correspondiente en la pila de bautismo. “¿¡Qué es eso de ‘Gerardo’!?”, gritó el padre Antonio, exhalando el olor inconfundible de su aliento de cura. ¡Esos son nombres paganos, indignos de un cristia-

no! ¡Lo van a bautizar cuando hayan encontrado un nombre cristiano!

Gerardo odiaba a muerte el “Resurrección” que llevaba a cuestras. Lo resolvió llamándose Gerardo R. Barrios, por lo que los párvulos solían preguntarle si su nombre era un trabalenguas como aquello de los tristes tigres que comían trigo...

Cuando Gerardito cumplió trece años, la familia Barrios se mudó a San Salvador. Al terminar su bachillerato, comenzó Gerardito lo que era el sueño dorado de su mamá, doña Tanchito Martínez de Barrios: la carrera de abogado. Desde el primer día en la facultad, Gerardo se sintió más y más atraído por la política y cada vez menos por la jurisprudencia. Se repetía a sí mismo aquel poema de Roque Dalton: “Lisa: desde que te amo, odio a mi profesor de Derecho Civil”, y se preguntaba cómo Roque pudo saber tanto sobre él.

Pasaba largas horas en el local del partido en la universidad, discutiendo las diversas “interpretaciones del período histórico”, las “formas de lucha” y las “plataformas políticas”. Lo mejor de todo es que no tenía que leer esos insoportables tratados, gruesos como ladrillos de obra, sino que bastaba con estar allí discutiendo con todo el mundo para ir aprendiendo un lenguaje de iniciados. Había descubierto la forma de convertirse en un intelectual sin la tediosa tarea de leer todos aquellos volúmenes que sus idiotas profesores de la universidad se empeñaban en leer y recomendar.

A mediados del segundo año, y aprovechando que aplazó por tercera vez la cátedra de Derecho Romano, cuyo catedrático era claramente fascista, decidió abandonar la universidad, que de todas maneras estaba al servicio de la burguesía, e integrarse a la lucha de clases por un futuro más justo, ante la desolación de su mamá, quien mientras vivió jamás pudo reponerse de la frustración de no ver a Gerardito convertido en abogado. Que su hija menor se graduara de abogado unos cuantos años después fue para doña Tanchito como una simple curita en una herida sangrante.

Trató la buena señora de convencer a su hijo; luego trató de inspirarle sentimientos de culpa, lástima o lo que fuese, con un par de bien logrados ataques de nervios, con lágrimas, temblores y todo, pero Gerardo se mantuvo imperturbable: ¡iba a dedicar su vida a la revolución! “Eres un burro —le decía—, necio como un burro. Tus padres te brindaron todas las oportunidades y tú las desperdiciaste, no vas a ser ni chicha ni limonada”.

La guerra llevó a Gerardo a Morazán con el espíritu de los hacedores de historia. La paz lo obligó a pensar en su futuro personal y descubrió que este... no existía. Saltó de la juventud directamente a la edad sin tiempo de los desencantados. Se quedó en Morazán después de la guerra, porque no se atrevía a enfrentar a su mamá, doña Tanchito, ahora que venía sin futuro... y burro, ni chicha ni limonada.

Durante la guerra, escuchaba Gerardo con avidez los noticieros nacionales e internacionales, convirtiéndose así en una de las personas mejor informadas de la guerrilla. Esto le gustaba mucho, porque aparte de que podía aderezar el “informe de coyuntura” de una manera que diera la sensación de que estaban ganando la guerra, sus conocimientos le daban un estatus de “intelectual del partido” que no tuvo en tiempos de paz.

Los primeros días después de la firma de los Acuerdos de Paz en Chapultepec, se quedó Gerardo esperando órdenes de su partido que nunca llegaron. Pronto comenzó Gerardo a sospechar que sus servicios de intelectual del partido ya no eran necesarios en la paz. Cuando el Frente fue desmovilizado, se quedó deambulando en Morazán, sin lugar en su partido, en su familia, en el mundo, sin saber qué hacer.

Como no regresó, fue contado como uno de los miles de desaparecidos durante el conflicto armado. Comenzó a deambular por allí, durmiendo donde lo sorprendía la noche, como había aprendido a hacer en sus tiempos de guerrillero, y comiendo de las ollas de frijoles de los vecinos, a hurta-

dillas. Fue en una de esas noches que Gerardo Resurrección Barrios se convirtió en centauro.

Cansado, después de apurar la única comida del día, se tendió bajo un árbol de amate, durmiéndose de inmediato. Se despertó en la madrugada con dolor en las piernas y con una sensación tirante, como de lodo seco. Gerardo se preguntó cuándo anduvo en lodazales durante el día, pero no pudo recordar nada, durmiéndose nuevamente hasta que sintió las cosquillas del sol oriental en su nariz. Cuando se despertó ya era centauro. Por alguna razón que él no podía comprender, sentía una tremenda vergüenza de ser centauro. Oía una y otra vez la voz de su mamá diciéndole: “burro, ni chicha ni limonada”, mientras contemplaba sus peludas patas y su cuerpo ahora equívoco.

IV

En honor a la justicia, debemos decir que Gerardo nunca, al menos intencionadamente, intentó ser profeta ni adivino, ni nada por el estilo. Los acontecimientos posteriores fueron producto de la casualidad, esa hermana bastarda del destino tan maltratada por los tratados de filosofía. La casualidad es una categoría de la dialéctica, tan legítima como la negación de la negación o la lucha de contrarios. Sin embargo, a nadie se le ha ocurrido escribir un tratado tal como “el papel de la casualidad en la transformación del mono en hombre”, cuando la casualidad tuvo un papel tanto o más importante que el trabajo.

Pues esa misma casualidad convirtió a Gerardo Barrios, el centauro, en profeta. Su afición por la política hacía que cada conversación, del tema que fuese, incluidos temas como “las costumbres sexuales del gusano de seda”, derivaran invariablemente en el tema político. Después seguía Gerardo con sus famosos “análisis de coyuntura”, para terminar con

sus brillantes pronósticos políticos. De ahí a la profecía iluminada había solo un paso, y Gerardo lo dio presionado por el hambre y la necesidad, así lo descubrió: cuando sus profecías gustaban a la gente, las dádivas que garantizaban su supervivencia eran más generosas.

Ni la excomunión ni las declaraciones apocalípticas de los obispos lograron dañar la reputación de profeta establecido del centauro. El pueblo estaba de su parte y apoyaba su misteriosa existencia. Fue entonces que Gerardo cometió el error fatal de su existencia centaurina. Empujado por su imperiosa necesidad de ganar siempre en las discusiones, quería dar una lección a los obispos que lo habían llamado “equivoco”, “sospechoso”, “hereje” y otras linduras. Se acordó de que en alguna parte había leído de una falla volcánica que se extendía desde la bahía de San Francisco y atravesaba toda Centroamérica, hasta el canal de Panamá, que sería la responsable de los múltiples terremotos que asolaban la región. Pensó que predecir un terremoto sería un tiro seguro. Lo verdaderamente improbable en Centroamérica sería que no ocurrieran más terremotos.

Además, calculó, predeciría que el terremoto iba a destruir el suroeste de los Estados Unidos, Los Ángeles y San Francisco. A la gente le gustaría saber, seguramente, que este país que había financiado la guerra de los ricos contra los pobres con un millón de dólares diarios para la compra de armamentos también tenía sus muertecitos, producto de un terremoto pronosticado por el centauro.

Escribió su nueva profecía en una tapa de una caja de manteca Nieve y la depositó, en un momento sin vigilancia, en la caja de limosnas de la iglesia de Jesús Crucificado. Después se fue a dormir con la excitación de un niño que va a despertar después de la noche de Navidad y va a encontrar sus juguetes nuevos al pie de la cama. Contra lo que Gerardo esperaba, la gente reaccionó con ira. Ni esa noche ni las si-

guientes dejaron los vecinos algo comestible para Gerardo en sus cocinas. Era el principio del fin.

V

Durante y después de la guerra, cada hogar del país contaba como parte central de su economía la remesa en dólares que los familiares que emigraron a los Estados Unidos durante la guerra enviaban fielmente y cada mes a El Salvador.

Cada familia de cada pueblecito de Morazán contaba con algún familiar que le aseguraba su remesa en dólares, única posibilidad de supervivencia en un país en el cual decir “reforma agraria” es una herejía peor que escupir a la Virgen de Guadalupe y en que las cifras oficiales de desempleo dan vértigo.

Las remesas familiares de los “hermanos lejanos”, como les llamaba la propaganda oficial a los emigrados, se convirtieron rápidamente en un ingreso porcentualmente más importante que el café en el PNB.

Aquellos caseríos de Morazán, que antes de la guerra no eran más que una puñada de miserables ranchitos de paja, se convirtieron, por obra y gracia de las remesas familiares, en coloridos pueblecitos con sus casitas de cemento armado, con ventanas Solaire y aceras de ladrillos alineaditos. Cada casa tenía su invariable televisor a colores y las antenas parabólicas brotando como la flor de la caña.

Los humildes jóvenes campesinos de antaño, con sus vestidos de manta, caites de llanta y cabellos estirados con vaselina barata, se habían convertido en jóvenes a la moda, con cabellos largos, ropa de marca y motocicleta parqueada en la esquina y con el estéreo a todo volumen. Era contra este nuevo bienestar que el centauro atentaba con sus predicciones estúpidas de terremotos y desastres en los Estados Unidos: “¡Pase en San Francisco... pero en Los Ángeles! ¡No hay derecho!”.

El alcalde de Jocoaitique declaró que toda esta desgracia era castigo de Dios por no haber obedecido desde el principio los consejos de los obispos, que tan claramente vieron desde un principio el peligro herético del centauro.

La gente se reunió prontamente para discutir qué hacer. Doña Carmela Calderón, que a pesar de sus 70 años bien cumplidos era conmovedoramente virgen, tan virgen como el día que su madre, virgen también, la trajo a este valle de lágrimas, tomó la palabra para hacer un ferviente llamado a los hombres del pueblo a defender la vida, el honor y la seguridad de sus esposas, madres e hijas, ya que era claro que la existencia de un centauro merodeando por los alrededores era un peligro para todas. De todos es sabido que los centauros persiguen a las mujeres con perversas intenciones.

El discurso de doña Carmela fue muy celebrado, por ser ella una persona tan respetada en el pueblo, tanto por su famosa virginidad como por el hecho de que vigilaba la moral de las mujeres del pueblo con celoso ojo de águila. Al final se decidió que había que terminar de inmediato con el peligro del centauro.

—Los problemas —dijo don Mauro Acosta— son para resolverlos, y mientras más pronto, mejor. Este pueblo valiente de Jocoaitique ha soportado ya dos guerras. ¡No va a ser un centauro el que nos quite el valor tantas veces demostrado!

La cacería del centauro comenzó el 26 de marzo a las 5:00 a. m. Un periodista del periódico *El Planeta* describió el ambiente de la plaza central de Jocoaitique y las gradas de la iglesia de Jesús Crucificado como festivo, cuando el obispo de San Miguel, que vino exclusivamente para eso, bendijo las diez escuadras de ciudadanos armados, “valientes a la defensa de la fe cristiana, la moral y las buenas costumbres”. Se tomaron cientos de fotografías que seguramente constituyeron varios kilómetros de película fotográfica Kodak.

La plaza estaba engalanada con gallardetes de papel de china de todos colores. Desde las tres de la mañana comen-

zaron a llegar los puestos de comida que armaron sus tenderetes enfrente de la iglesia, llenando el aire de la mañana de deliciosos olores a comidas y frituras. Allí estaban las tostadas de plátano, carne asadita con “chirimole”, plátanos fritos remaduros con crema y frijoles, pupusas de loroco y hasta manjar blanco con su coqueto polvito de canela encima.

Doña María Godoy había cosido una estampita con la magnífica en la parte de atrás de la camisa de su hijo William y le había aconsejado las oraciones que debía decir enfrente del monstruo, en la eventualidad de que lo encontrara, para conjurar cualquier peligro. William repetía en voz baja la oración mágica que lo iba a librar del peligro: “Jesús, qué fuerte venís, pero es más fuerte mi Dios...”, tratando de concentrarse, bajo la lluvia de miradas desesperadas que le mandaba la Conchita Ortiz, parada en la puerta del portal, a la par de su severo papá.

La cacería del centauro duró dos días, al cabo de los cuales un vocero de la Alcaldía de Jocoaitique anunció que el valiente pueblo que tenía el honor de presidir había librado al mundo de aquel ominoso flagelo. El Gobierno de la República declaró a Jocoaitique capital por un día, en recompensa por los valiosos servicios prestados a la patria, y el 27 de marzo hubo fiesta nacional, con feriado para los empleados públicos de todas las categorías.

Epílogo

Durante todo el mes de abril, los periódicos siguieron publicando noticias y reportajes sobre el centauro, su increíble vida y su no menos increíble muerte.

Doña Tanchito de Barrios, mamá del centauro, apareció en uno de los periódicos de mayor circulación en el país, recordando la niñez de Gerardo, el centauro, y lamentando haber mencionado aquellas palabras que marcaron el destino de su hijo: “Vas a ser un burro, no serás ni chicha ni limonada”. La pobre señora había entendido demasiado tarde el po-

der de las palabras en los labios de una madre, palabras que en el caso de Gerardo provocaron su trágica metamorfosis.

Y si ustedes realmente están interesados en saber la verdad, esa categoría que en mi país siempre tiene, desgraciadamente, dudosa reputación, les diré que en realidad a Gerardo Barrios, el centauro, no lo mataron los cien cazadores de centauros, por muy héroes que el Gobierno los declarara, sino que Gerardo-centauro se desnucó él solo. Huyendo de sus perseguidores, intentó saltar un cerco de piñas, cuestión facilísima para un caballo, pero se desnucó en su parte humana, porque no es fácil para los humanos saltarse un cerco de piñas.

El pobre Gerardo debió creer que las dobles naturalezas conllevan solamente ventajas, y olvidó el doble destino de los seres complejos, que pueden fallar en cualquiera de sus dos naturalezas y en el momento menos esperado. Con la muerte del centauro, muchas otras naturalezas menos notables suspiraron aliviadas.

El deporte de la guerra

I

La masa humana enfurecida se precipitó contra la entrada del hotel San Salvador en el centro de la capital, en plena avenida España. Iban armados de piedras, palos, machetes, martillos y cuanto pudieron conseguir. Pero sobre todo iban armados del odio acumulado durante siglos, seguramente con diferentes motivaciones, con tantos orígenes como individuos. Conquista, colonización, injusticias, oligarquías, pobreza, intervenciones militares... lo único que sobra en El Salvador son motivos para la ira.

Los jugadores hondureños, refugiados en su hotel, estaban aterrados. La reciente victoria del equipo salvadoreño para la clasificación al mundial los había envalentonado, pero también las alarmantes noticias que venían de Honduras, donde una organización paramilitar llamada La Mancha Brava estaría cometiendo toda clase de tropelías contra los trabajadores salvadoreños.

La Policía Antimotines trataba, sin mucho éxito, de contener aquella masa en llamas.

—¡Cuilios hijos de puta! —les gritaban—, ¿que son ca-

trachos ustedes también? ¡Apártense, si no quieren que les volemos la cabeza!

Empezaron a lanzar piedras. Una de las pedradas fue a dar a la británica cabeza de un turista que había abierto la ventana de su habitación con la esperanza de entender lo que estaba pasando. El turista entendió todavía menos, pero pudo contar entre sus exóticas experiencias en El Salvador con un moretón más en su británica cabeza.

Después de cuatro horas de asedio, fue necesario llamar al Ejército y montar un enorme operativo para escoltar a los jugadores hondureños hasta el aeropuerto, ya que nadie podía garantizarles su seguridad personal de otra manera. Los respectivos periódicos nacionales e internacionales publicaron su versión de los hechos:

LA PRENSA AL DÍA

La opinión independiente de Honduras

Infamia guanaca: jugadores hondureños a punto de ser linchados por plebe

(Corresponsal)

Los jugadores del equipo nacional de Honduras estuvieron a punto de ser linchados por la plebe salvadoreña después de que el equipo local ganara el partido previo a las semifinales que lo encaminan al mundial de fútbol.

Importantes fuentes que desean permanecer anónimas han revelado que se trata de un conflicto organizado desde las altas esferas de poder, con el fin de desviar la atención de la población de la crisis económica y política que está sufriendo El Salvador.

Resulta sorprendente que los hermanos salvadoreños se dejen engañar por semejante patraña.

¿Qué les hemos hecho a los salvadoreños? Como no sea el delito de recibirlos fraternalmente en nuestro territorio nacional cuando, muertos de hambre, cruzan la frontera en busca de mejor vida. Mal paga el diablo a quien bien le sirve. Solo hemos despertado envidia y malos sentimientos. ¿Hasta cuándo va a tolerar el Gobierno de Honduras el maltrato de ciudadanos hondureños en El Salvador?

EL PAÍS HOY

El decano de la información

Aficionados al fútbol indignados ante juez venal

(Corresponsal)

Una enorme manifestación de aficionados se congregó ayer de manera espontánea frente al Hotel Honduras Inn, en pleno centro de la capital, para protestar por la sentencia evidentemente parcial de un juez extranjero que de manera escandalosa dio la victoria al mediocre equipo de El Salvador, victoria que de buena ley correspondía a la oncena hondureña.

La prensa salvadoreña, de una manera tendenciosa, ha desvirtuado los hechos y desatado una campaña de calumnias contra Honduras: “¿Qué les hemos hecho los hondureños para que distorsionen los hechos de esta manera, sin el más mínimo respeto por la verdad y la decencia periodística?”.

Las cancillerías de ambas repúblicas protestaron casi simultáneamente por las ofensas inferidas de ambos lados, mientras la ira cundía como la muge en la ropa blanca en ambos lados de la frontera.

EL DIARIO DE HOY

Mancha Brava asesina salvadoreños en Honduras

APPI. Choluteca, junio de 1969. La organización hondureña denominada La Mancha Brava ha organizado una brutal cacería de trabajadores migrantes salvadoreños a los que acusa de robar el sustento a los hondureños. En el libelo *Patria Hondureña* escriben los facinerosos que no descansarán hasta librar a Honduras de la plaga de salvadoreños que poco a poco se va apropiando del territorio hondureño.

Hasta cuándo toleraremos tanta infamia.

EL HERALDO

Campaña contra hondureños en El Salvador

APPI. Tegucigalpa, junio de 1969. Un vespertino de la capital salvadoreña hace este día un llamado a la población a cerrar filas contra Honduras. El periódico da instrucciones a la población sobre cómo descubrir, denunciar y asesinar a

los hondureños residentes en El Salvador, a los que califica de espías.

Fuentes no confirmadas revelaron al corresponsal de *El Herald* cómo una mujer hondureña fue violentamente sacada de su hogar en San Salvador y linchada frente a sus pequeños hijos, quienes lloraban y gritaban ante el horror de ver a la autora de sus días en manos de la plebe inclemente. ¿Qué espera el Gobierno de la República para pedir cuentas a los salvadoreños por semejantes atropellos a la población hondureña?

LA PRENSA GRÁFICA

Hordas salvajes continúan asesinato de inocentes

APPI. Puesto fronterizo El Amatillo. Fuentes vinculadas con la Cruz Roja Salvadoreña denunciaron a este matutino el caso del humilde campesino Rogelio Pérez Martínez.

Pérez Martínez había permanecido en el campo de refugiados de este puesto fronterizo sin comer ni beber durante varios días, empezando ya a mostrar severos síntomas de deshidratación. El personal de la Cruz Roja notó que un olor apestoso emanaba de los puños crispados de Pérez Martínez, por lo que procedió a abrirle las manos, creyendo que se trataba de una herida infectada. Cuál no sería la sorpresa de los trabajadores cruzrojísticos cuando encontraron dentro de los puños del hombre dos manitas de tierno, probablemente de un recién nacido hijo del infortunado hombre víctima de la siniestra Mancha Brava.

Diariamente circulaban historias de las atrocidades que se cometían en ambos lados. Y la verdad de las cosas es que los Gobiernos no tenían ninguna posibilidad de control de estas informaciones. Las poblaciones de ambos países hervían como el agua para chocolate.

En El Salvador, las peores historias de los crímenes de los hondureños no estaban plasmadas en los periódicos. Estos solo comenzaron con ellas. Después los rumores tenían vida propia y aparecían diariamente, sin que nadie conociera las fuentes. La típica historia de “la situación” comenzaba así: “Puesiesque fijate que el marido de mi hermana tiene un co-

nocido que trabaja en la Cruz Roja, que le contó a su mujer que...”. Estos rumores fueron encrespando la ola de odio e indignación a ambos lados de la frontera, sin control alguno.

Los estudiantes universitarios exigían que se suspendieran las clases y en su lugar se abriera un centro de reclutamiento militar para la futura guerra que defendería el honor patrio. Los empleados públicos hacían manifestaciones pidiendo armas para defender el honor mancillado de la patria. Las amas de casa querían ponerse a coser inmediatamente y sin demora los miles de uniformes que los soldados del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional iban a necesitar en su campaña para defender al país de la bota extranjera.

La Radio Nacional transmitía ininterrumpidamente llamados al patriotismo entre una pieza marcial y un himno. Y hasta hubo un poeta de cuyo nombre no quiero acordarme que le escribió una oda a la guerra. La Radio Nacional anunció que las consabidas fuentes anónimas habían filtrado la información de que el Ejército hondureño tenía planes para bombardear la capital salvadoreña. Por esa razón, se suspendía el servicio de alumbrado público y el servicio eléctrico en general entre las 6:00 p. m. de cada día y las 6:00 a. m. del día siguiente. También se pedía a la población cerrar las ventanas, para que los aviones hondureños no pudieran localizar el blanco de sus bombardeos.

Durante todo el mes de julio, las familias salvadoreñas cenaron con su delgada vela de cera, su grueso patriotismo y la “Marcha a Gerardo Barrios”, que salía de los radios de transistores, solo interrumpida por los comentarios de la familia acerca de “la situación”.

El presidente de la República vio crecer su estatura política a pesar de su (casi) uno cincuenta de estatura cuando, en una de esas tardes, pronunció hacia el éter y sus conciudadanos las palabras que le inmortalizarían: “¿Cómo es posible que el hombre pueda tranquilamente pasarse por la superficie de la luna y no pueda caminar sin peligro por las

veredas de Honduras?”. Su discurso fue muy aplaudido y motivó aún a sus enemigos políticos a tratarle con respeto y a llamarle “señor presidente” –título ante el cual él ni siquiera volvía la cabeza, de tan desacostumbrado que estaba–, en vez de Tapón, como corrientemente lo habían llamado desde que cumplió los 14 años y comprendió que ya no crecería un centímetro más. Con ese discurso declaró formalmente la guerra a Honduras, guerra que duró cien horas y terminó, como ya veremos, sin pena ni gloria.

II

Doña Rosa Vairo de Antillón, nuestra vecina de la colonia La Providencia, era lo que se podría llamar el prototipo de la vecina salvadoreña, a pesar de que era hondureña por los cuatro costados.

Versada en recetas de cocina lo mismo que en el conocimiento de las vidas privadas de los demás vecinos, gozaba de un poder excepcional en su pequeño reinado de La Providencia, ganado por su capacidad de repartir generosamente sus consejos en todo tipo de problemas domésticos: desde cómo sacar una mancha de chocolate de una falda de satín, hasta cómo quitarle la chirria a un marido infiel; todo entraba dentro de la amplísima esfera de conocimientos de doña Rosa, o niña Chita, como la llamaban en La Providencia.

Todas las mañanas, a la hora de ir a comprar el pan, aprovechaba la buena señora para enterarse de boca de la tendera, una de sus fuentes más fidedignas, de lo ocurrido en las vidas del vecindario en las últimas 24 horas. “Mirala — me decía mi hermano cuando ya íbamos para la escuela y la buena señora estaba comprando el pan en la tienda de la esquina y enterándose de todo lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas —, allí está la niña Chita cargando el tanque”.

La gente la trataba con consideración, por aquella intuición de la sabiduría popular que aconseja que a una vecina

como la niña Chita es mejor tratarla con todo el respeto posible, no provocar su ira de incalculables consecuencias y, por consiguiente, su lengua, hecho muy importante en una sociedad en la que la virginidad de las señoritas y la castidad de las señoras son cuestiones de vida o muerte. La gente la saludaba con respeto y hasta le pedía consejos.

La guerra vino a transformar esta serena existencia en una pesadilla. De la noche a la mañana y por obra y gracia de la tal guerra, la niña Chita dejó de ser la poderosa dueña de las reputaciones de todas para convertirse en una peligrosa espía hondureña. Circulaban rumores de que, por las noches, la niña Chita enviaba señales de luces a los aviones hondureños desde la azotea de su casa para que bombardearan La Providencia. Todo el respeto acumulado en su reinado chismeril de tantos años desapareció y se transformó en recelo y desconfianza. De pronto, la tendera dejó de darle información sobre los vecinos.

— Buenos días, ña Lola, aquí vengo por mi pan.

— Sí, ña Chita, ahorita mismo la despacho.

— ¿Y qué me cuenta, ña Lola?

— Pues yo a usted no tengo na' que contarle, señora. Le voy a despachar su pan y ya está, estoy muy ocupada y no tengo tiempo para chambres.

Las jóvenes, antes temerosas, dejaron de saludarla o de pedirle consejos. Ahora la miraban desafiantes, como diciendo: “Hable nomás usted, señora espía, y ya verá lo que le pasa. ¡Para lo que le van a creer, ja, ja!” Desconocidos botaban basura en su jardín solo para hacerla rabiar, y hasta el cartero se negaba a entregarle sus cartas personalmente: se las tiraba debajo de la puerta, como a cualquier hijoe'vecina. La gente la llamaba la Catracha casi en su cara, de la manera más desvergonzada.

Al principio, sintió la niña Chita cómo el odio se mezclaba en su sangre, enturbiándola. Después fue la sangre la que se mezclaba con el odio puro que recorría sus venas. Los días pasaban, y en todo el país no se hablaba de otra cosa que de “la situación”.

Después de que la Radio Nacional denunció la amenaza de bombardeo, vivíamos esperando el dichoso bombardeo las 24 horas del día. En las escuelas, en la universidad, en los centros de trabajo no se hablaba de otra cosa más que del inminente bombardeo hondureño sobre nuestras cabezas.

Mis hermanos y yo nos imaginábamos los bombardeos como los de esas películas documentales en blanco y negro, en que se ven los aviones alemanes bombardeando Londres mientras la gente corre a buscar los refugios presa del pánico. Solo que en San Salvador no había un solo refugio antiaéreo al que se pudiera correr. Ya que correr no tenía absolutamente ningún sentido, lo mejor que podíamos hacer era ir a algún lugar en las alturas para ver el espectáculo del bombardeo de San Salvador.

III

La guerra continuaba y nosotros esperábamos con ansiedad el dichoso bombardeo, cansados ya de comer a oscuras y sin que pasara nada. La gente comenzó a ir a las colinas que circundaban San Salvador, en parte para evitar estar encerrados en la oscuridad, pero en parte también para ver el bombardeo desde un asiento de primera fila, en caso de que este comenzara. Cada familia llevaba consigo su canasta con comida y bebida para comer a la luz de la luna, en las tibias tardes tropicales, con la esperanza de ver un espectáculo excepcional. Cada día cuando salíamos de la escuela le decíamos a los amigos: “Nos vemos más tarde en el cerro”.

Pronto, esos encuentros en el cerro constituyeron el evento social más importante de cada día. El ambiente era alegre y festivo, más parecido a una tarde de fútbol que a una guerra. Rápidamente aparecieron guitarras, y se cantaba, se bailaba, se comía, se contaban chistes picantes y cuentos de aparecidos para los niños. Los adolescentes estaban encantados de tener un terreno común de contacto entre los sexos, en una sociedad que de ordinario mantenía a las jovencitas y

a los jovencitos en una especie de *apartheid* religioso-moral rodeado de amenazas veladas.

Los mentados aviones seguían sin aparecer, y a veces ni nos acordábamos de que estábamos en el cerro para ver el bombardeo de la capital de la república, tan ocupados como estábamos cantando la última canción de Enrique Guzmán o de Roberto Carlos, oyendo historias de doble sentido, jugando cartas; las jóvenes, tratando de echarle el guante al galán de moda; y los muchachos, haciendo esfuerzos supermánicos para llamar la atención de la mayor cantidad posible de muchachitas o viviendo el amor adolescente de temporada, aprovechando esta libertad temporal de la moral provincial, en el cerro, a oscuras, protegidos por los aires de guerra.

Pronto comprendieron los vendedores de golosinas que la concentración de gente en el cerro era un fenómeno regular, y para allá se fueron también a instalar sus ventas y a ofrecer sus olorosas delicias.

Rápidamente se cubrió el cerro de tenderetes con los vendedores de todo: yuca con curtido, plátanos remaduros fritos acompañados con frijoles y crema, elotes asados con mantequilla o elotes *twist*, como su emprendedor vendedor los bautizó, pupusas de queso y chicharrón, carne asada con casamiento y acompañada, naturalmente, de su delicioso fresco de arrayán o tamarindo. Aquello era una verdadera feria de agosto en pleno mes de julio.

Nuestro vecino Helmut, que como decía la tendera era alemán de la pura Alemania, movía la cabeza sin entender, cuando veía aquella masa celebrante de la guerra. Helmut, con su alemanísima lógica formal, razonaba de la siguiente manera: “Esta gente celebra con ingenua alegría un acontecimiento que no puede producir alegría. Esto solo puede deberse a dos razones: 1. No comprenden qué cosa es una guerra, en cuyo caso son unos idiotas, por celebrar lo que no comprenden. 2. Si comprenden qué es una guerra y lo celebran de todas maneras también son unos idiotas sin remedio ni redención posibles”.

Nos decía asombrado el alemán de la pura Alemania, tratando de ignorar el lado exótico de la situación y de traducir los hechos a categorías sajonas más potables para él:

—¿Perro porr qué rrazón crreen ustedes que los aviones hondurreños van a venirr justo entre las cuatro y las nueve de la tarrde?

—¿Y por qué no? —le contestábamos con la lógica criolla—. ¿Por qué van a venir cuando no haya nadie que registre el espectáculo? Cada aviador hondureño se imagina ser un Henry Fonda que sube a su avión de guerra mascando chicle y con cara de despreciar la vida, mientras deja a una fiel belleza llorosa en el hangar, mirándolo con ojos arrobados. Toda esa escena presupone un público, sin el cual resulta completamente absurda. Si no hubiese un público atento, ¿por qué iban ellos a tomarse la molestia de venirnros a tirar bombas y nosotros la de dejarnos bombardear?

Por otra parte, era tan probable que bombardearan entre las cuatro de la tarde y las nueve de la noche como que lo hiciesen a cualquier otra hora del día. Helmut nos miraba abriendo los ojos de asombro, pero nosotros solamente teníamos una explicación y no dos: el pobre hombre no entendía ni jota.

Con esta lógica, superior a cualquier lógica foránea, nos instalábamos cada tarde en el cerro a comernos nuestras pupusas de chicharrón con queso, mientras esperábamos el bombardeo aéreo de la capital de la República de El Salvador. Ni siquiera intentábamos explicársela al alemán de Alemania, porque es la que nos mantiene vivos a través de todas las opresiones, conquistas, imperialismos, concursos de Miss Universo, dictaduras y campañas publicitarias de la pasta Colgate; esta lógica es absolutamente paradójica e ininteligible para las mentes occidentales. Es la estrategia de supervivencia en el caos. Los europeos y sus primos menos civilizados, los norteamericanos, han perdido por atrofia esta capacidad de orientación en el caos que nosotros tenemos tan desarrollada.

El hecho es que, sea por azar o coincidencia, los aviones hondureños aparecieron en el cielo despejado de San Salvador una tarde de sábado, a las 5 de la tarde, cuando nuestra pandilla estaba en lo mejor de cantar “Cielito lindo” con los acordes de la inolvidable guitarra del Negro Rodríguez; Negativo de Zope, para los amigos.

La multitud enmudeció con un silencio como no ha vuelto a suceder en las últimas décadas en el país. Helmut de Alemania salió a su balcón con el rostro demudado por el espanto, solo para lanzarnos una intensa mirada teutona de reproche, y con aires de diva profundamente herida cerró teatralmente su balcón.

La gente se esparció por el cerro, buscando un buen lugar para ver el tan esperado espectáculo. Algunos niños lloraban buscando a sus mamás, y las parejas desaparecidas detrás de los cómplices arbustos salían sacudiéndose la ropa y buscando sus lugares en la improvisada platea.

En medio de aquella gran expectativa, y seguidos por unos cuantos miles de ojos, fueron dibujándose dos aviones enemigos en el límpido azul de Cuzcatlán, que de manera un poco perezosa violaban impunemente el suelo patrio o, más exactamente, el aire patrio.

Los aviones enemigos volaban lentos, seguidos atentamente por las miles de cabezas con sus ojos: “¡Plosh, plosh, plosh!”. Cruzaron San Salvador y llegaron casi hasta la altura del cerro, ante la nerviosidad de la concurrencia. Pero entonces dieron la vuelta trabajosamente y enfilaron la marcha de regreso, su vergonzosa *sortie* hacia Honduras, con la misma parsimonia con que habían hecho su entrada.

La gente allí reunida dejó escapar un colectivo suspiro de decepción. Un borrachito exigía a gritos que le devolvieran la entrada, ante la mirada divertida de la gente. De repente, en lo alto del cerro, se oyó la voz atiplada de la niña Chita de Antillón. “¡AQUÍ, AQUÍ, DISPAREN AQUÍ!”, decía,

mientras hacía señales con una lámpara de mano, tratando de indicar a los aviones hondureños el blanco hipotético que nosotros constituíamos.

Tres mil cabezas con sus respectivos indignados ojos se volvieron para mirarla, mientras la aviación de su país se alejaba por el oriente: “¡Plosh, plosh, plosh!”, indiferente, sin tomar noticia de los ardientes deseos de venganza de la pobre niña Chita Vairo de Antillón.

Detrás de ella venía su marido, don Manuel Antillón, quien palideció, deteniéndose en seco cuando vio aquella multitud contenida. Entonces don Manuel, quien nunca en su vida le había siquiera levantado la voz a su voluntariosa media naranja, tuvo un instante de inspiración salvadora: le dio un cachetazo a rajatabla a su sorprendida mujer; y antes de que ella pudiera reponerse de la sorpresa, la agarró del cabello y de un empujón la metió en la casa, asegurándose de cerrar la puerta con tranca cuando estuvieron adentro.

La multitud aplaudió con un rugido de aprobación: “Que no crean esas fierecillas hondureñas que van a venir aquí a hacer su voluntad. ¡Ese es un verdadero hombre salvadoreño que pone orden en su casa!”. Después, y con un sabrosillo sentimiento de que las cosas estaban bajo control, la gente se fue para sus casas, satisfecha en su amor patrio.

El pobre de don Manuel ha empleado el resto de su vida tratando de explicarle a su mujer que aquella cachetada les salvó la vida, pero ella mueve la cabeza con sospecha mientras vigila los hervores de sus ollas y murmura: “¡Las cosas que se ven en las guerras!”.

Primavera de 1996.

Impuesto de guerra

Ser salvadoreño es una gran ventaja para ser chofer de taxi. No les voy a discutir que en todo lo demás quizá sea una desventaja, pero tiene que ser una ventaja ser chofer de taxi aquí, donde la vida no vale nada, como dice la canción. No es mucho lo que se pierde si se pierde la vida. Hay cosas mucho peores; perder el trabajo, por ejemplo.

Mi vida ha sido muy dura. Trabajo desde que tengo uso de razón. No recuerdo haberme comido jamás un pedazo de tortilla que no me haya ganado trabajando a lo salvaje. Por eso a mis tres hijas les he dado educación, para que tengan armas en la vida con qué defenderse y no les toque lo que me tocó a mí, que trabajé cortando algodón a los cinco años, con un jornal de hambre y siendo niño. No supe lo que era comer hasta quedar totalmente satisfecho. Mis dos hijas mayores van a la universidad; mi hija menor está estudiando el bachillerato y quiere ser maestra, si Dios me da fuerzas y la Virgen del Carmen me la conserva.

Mis hijas, que son muy leídas, creen que yo no sé nada porque no fui a la escuela. Y está bueno que lo crean, que se crean sabias y especiales, para que ningún desgraciado me las maltrate más tarde, cuando yo las he tratado como

reinas. Por ellas me mato trabajando, ruleteando en este taxi y arriesgando la vida con tanto asaltante y malvivido que se sube a mi taxi.

Pero la experiencia de vida que yo he acumulado ruleteando taxi no se aprende en ninguna universidad. Aquí está uno sentado donde se muele canela fina y pasan más cosas que en una película de kung-fu. Yo tuve el honor de llevar en mi taxi a la esposa del presidente Duarte, cuando se iba al exilio siguiendo a su marido, después del fraude militar que lo convirtió de presidente electo en prófugo.

Ella iba de incógnito, y yo aparenté que no la había reconocido. ¡Pero cómo no la iba a reconocer! Si yo era de los más fieles pedecistas que en cada demostración gritaba: “Con Duarte aunque no me harte”, en la plaza Libertad, y después me quedaba casi sin voz de la ronquera durante toda la semana, tomando té de eucalipto.

Llevé también al aeropuerto a Lucha Villa cuando iba destrozada para México, después de no sé qué fracaso amoroso que tuvo con uno de los ricos de este país. Ella no iba de incógnito, sino llorando con un llanto industrial, con sollozos más sin esperanza que la deuda externa latinoamericana, y contándome a mí, un desconocido chofer de taxi, sobre las penas de su corazón. A mí que me contara lo que quisiera, si yo podía escucharla años enteros si ella lo quisiera, porque yo, como toda la población masculina de este país, siento por ella una adoración que no se puede medir con nada. Como un millón de kilovatios, digamos, si la adoración se pudiera medir en kilovatios.

Durante estos treinta años como chofer de taxi me he hecho un poco psicólogo. Basta con ver a un pasajero para que adivine de inmediato en qué trances anda. Una parejita joven, donde el muchacho trata de parar un taxi mientras la muchacha se mantiene a prudente distancia, con cara de “no-es-conmigo”, va seguramente para un motel a disfrutar de un rato de amor. Esta es una buena carrera, porque uno le puede

hasta subir un pequeño por ciento a la factura como servicio de discreción. El cliente ni se entera: paga agradecido y se esfuma.

He visto de todo: infidelidades, maltratos, secuestros, divorcios... Con decirles que hasta atendí una vez un parto de una señora que no alcanzó a llegar al hospital de Maternidad. El marido venía con ella, nervioso y jovencito, y no sabía qué hacer: solo chillaba, retorciéndose las manos.

—Mucho ayuda quien no estorba, joven —le dije, y lo aparté para ayudarle a la pobre señora. No me guardó rencor; al contrario, agradecido, llamó Jacinto al niño, que es el segundo nombre de un servidor de ustedes.

Otros buenos clientes son el marido que anda vigilando a su mujer y la mujer que sospecha la infidelidad del marido. Esos lo contratan a uno por horas. Después de cuatro o cinco horas de vigilancia, uno se puede ir a su casa, satisfecho de que ha hecho la jornada del día.

También se ven tragedias. Como aquella señora que vigilaba a su marido, empleado del Ministerio de Agricultura y Ganadería que se iba con una secretaria a los moteles del balneario Apulo, y la señora, siguiéndolos. No sé ni para qué, si la traición estaba más clara que un ojo de agua. A esa señora la convencí de irse para su casa, porque me daba pena seguirla desplumando, aprovechándome de su angustia y desequilibrio. Apenas la dejé en la puerta, llamó a otro taxi para seguir haciendo lo mismo. Hay gente que por persignarse se araña. Pero, bueno, ese muerto no lo cargo yo.

Una noche del mes de diciembre, andaba yo en mi taxi allá por la terminal de buses de occidente y decidí que ya era hora de irme a descansar. Había sido un buen día, y calculaba que lo que había ganado me iba a alcanzar para comprar los regalos de Navidad.

Iba a doblar sobre la 49 calle, cuando vi en la esquina a una muchachita haciéndome la señal de parada. No sé ni por qué paré, si ya había terminado mi día de trabajo. Pero en el

mismo momento de parar sentí una corazonada, ese sexto sentido que me ayuda a identificar a los visitantes de moteles o a los detectives de medias naranjas. No es que la muchacha fuera nada especial que la hiciese diferente de cualquier muchacha de su edad. Iba con el “uniforme” de las universitarias de hoy día: *jeans*, sandalias y camiseta, el largo cabello recogido sobre la nuca y la infaltable bolsa chapina colgada en el hombro. No, nada especial. Pero tenía algo, sin embargo, que despertó mi intuición sin poder clasificarlo.

—Voy para Santa Tecla —me dijo rápidamente y sin mirarme, mientras se sentaba en el asiento delantero del vehículo. No preguntó el precio de la carrera, como hace el 99 % de los clientes. Las mujeres que viajan solas, especialmente de noche, se sientan en el asiento de atrás, para marcar la distancia y así evitar las equivocaciones, no vaya a ser que algún salsoso se quiera tomar el rábano por las hojas. Pero ella se sentó adelante y comenzó a ver por la ventanilla, en silencio y como ausente.

“Bueno —pensé—, no es extraño que una jovencita como ella se sienta incómoda de viajar sola en esta oscuridad con un hombre. Ella no puede saber que yo soy un hombre honrado, cursillista, para más señas. Yo no sería capaz de aprovecharme de una muchachita en estas soledades. Soy hombre decente y padre de familia. Si ella supiera que hasta asisto a los cursillos de cristiandad, se sentiría más segura”, y traté de buscar conversación para disminuir la tensión.

—Tuvo suerte de encontrar un taxi tan tarde —le dije—. Usted es mi último pasajero antes de ir a guardar el carro.

—Mmmmm...

—¿Vive en Santa Tecla?

—Mmmmm...

—¿La dejo en la entrada del pueblo o sigo hasta el centro?

—Siga hasta el centro. Cruce todo el pueblo, porque me voy a quedar en la salida para Colón.

—Si va para la colonia que está en la salida para Colón, la puedo llevar por el mismo precio, es peligroso para una jovencita como usted andar sola a esta hora y en despoblado. Dígame solamente para dónde va y la llevo hasta la puerta.

—Mire —me dijo, al mismo tiempo que sacaba una enorme pistola calibre .38 de su bolsa chapina—, nos vamos a dejar de tanta paja y vamos al grano. En nuestro país hay una guerra de los pobres contra la opresión y la injusticia de los ricos. A nombre de las FPL, tomo posesión de su taxi, así como del dinero que usted tiene en la bolsa, en calidad de confiscación como impuesto de guerra, que el pueblo necesita en su guerra de liberación.

“¡Guerrillera! —me dije—. ¡Esto era lo que mi corazonada había presentido cuando le paré!”.

—Mis compañeros están esperando a la orilla de la carretera —anunció—. Va a parar cuando yo se lo ordene, a la entrada de Los Chorros.

“Ni por orden del juez de Opico”, pensé, mientras seguía conduciendo y trataba de pensar rápidamente en una forma de librarme de esta. Alguna ventaja habría yo de tener, pues casi le triplicaba la edad. Pisé el pedal de la gasolina y me metí en la carretera a Santa Ana. Por supuesto que no paré en Los Chorros, ante la sorpresa de las dos siluetas que estaban esperándonos a la orilla de la vía. Ella se asustó.

—¡¡¡¡Pareeee!!!! —me gritó, acercando el cañón de la .38 a mi sien—. ¡Pareeee, le digoooo, o le destapo la tapa de los sesos!

—Dispare —le dije con calma pero aumentando la velocidad—. Vamos a 160 km por hora. Usted dispara y ni siquiera el sonido del balazo voy a oír. Lo que sí es seguro es que nos hacemos chingaste los dos. Yo voy a sufrir menos que usted, con mi balazo adelantado. Pero piénselo bien porque, de los dos, quien más tiene que perder es usted —sentencié, mientras el marcador de velocidad subía a unos peligrosos 180 km—. Yo tengo 56 años y este carro lo he

comprado al crédito. Si se lo doy a usted o a las FPL, me quedo desempleado, con una deuda impagable de 200 mil pesos y sin un chance de rehacer mi vida. En estas circunstancias, hijita, morir es ganancia. Si me muero, el seguro de vida me asegura por lo menos que mis hijas se van a terminar de educar. En cambio, usted, joven, bonita y educada, tiene todo que perder. Allí estamos. Usted decide. Solo ordene o apriete el gatillo. Pero apúrese, porque si la Policía nos detiene por ir a esta velocidad de locos ya no es usted la que decide. Usted conoce la triste situación de los presos políticos en las bartolinas de la Policía. Ese destino no se lo deseo ni a mi peor enemigo, menos a una criaturita tan linda en lo mejor de la vida.

Se me quedó mirando incrédula. El labio inferior le temblaba violentamente cuando me dijo casi a gritos:

— ¡¡¡¡ Vámonos de regreso para Santa Tecla!!!!

— Calma —le dije, disminuyendo la velocidad a unos prudentes 120 km—, no puedo girar así a media autopista. Deje que encuentre un retorno para volver, sin tener a la Policía pisándonos los talones.

Se hundió en el asiento sin decir nada, pero me pareció que lloraba en silencio. Sentí que tardé horas en llegar de nuevo a Santa Tecla. Me dio mucha lástima verla hundirse en el asiento con aire de fracaso, si hasta me pareció más pequeñita que cuando se subió. Entonces le dije, con el tono más manso que pude:

— Mire, señorita, yo tengo hijas de su edad, y francamente no me gustaría verlas solas por aquí, a medianoche y sin saber adónde ir. Dígame sinceramente: ¿tiene usted adónde ir aquí en Santa Tecla?

— ¡Voy a tomar el bus! —exclamó, en un tono que intentaba ser duro pero que fue apenas un sollozo contenido.

— ¿A las doce de la noche? ¡Cuál bus, hágame el favor! Si el último bus de Santa Tecla para San Salvador sale a las 11.

—¡Y yo no tengo dinero para ningún bus! —estalló en llanto, ahora sí, con lagrimotas de verdad. A mí me daba lástima, pero al mismo tiempo sabía que si era guerrillera no iba a decirme para dónde iba en realidad. Hice el último intento:

—Mire, hijita, ya es muy tarde y yo estoy cansado. Vamos a irnos de regreso a San Salvador y la voy a dejar en el mismo lugar en donde se subió. ¿De acuerdo? Séquese las lágrimas, y esto que ha pasado no ha pasado en realidad, y a mí, usted ya se me olvidó.

Ella me contestó que sí con la cabeza, se secó los ojos con la orilla de la blusa y se volvió a hundir en el asiento, sin decir una sola palabra en todo el viaje.

La dejé en el mismo lugar en que la encontré. No me contestó el “adiós” ni las “buenas noches”. Supongo que estaba apenada la pobre. Y quiero suponer que ella también cumple con su parte del trato de: “Si te vi no te conozco; y si te conozco, no me acuerdo”. No quiero que llegue a oídos de mis compañeros de que encima de que la llevé gratis, la traje igualmente gratis. Solo quien tiene hijas podría entender esto.

Pero eso sí: si algún día la vuelvo a ver haciéndole parada a un taxi, no le paro, así sea ella la única pasajera de la tierra y yo el conductor del último taxi. Todo tiene un límite.

Lo más parecido a una resurrección se llama suerte

Esa mañana me había levantado como todos los días, con el primer aviso, y pude lograr el milagro cotidiano de realizar todo mi aseo personal con una cantimplora de agua: aproximadamente 100 centilitros de líquido arcilloso para lavarme la cara, cepillarme los dientes y un mínimo de aseo íntimo. Después levanté mi equipo de radio para ponerme-lo a la espalda y me sorprendió sentir algo viscoso que se deslizó asquerosamente entre mis dedos. Pensé que era la secreción de algún insecto o reptil de los miles que pueblan las selvas nicaragüenses y corrí a buscar agua, por miedo a que fuese abrasivo o venenoso. Las risitas burlonas de los muchachos de mi escuadra me hicieron frenar la carrera: un examen más calmado del líquido me hizo constatar que era solamente semen, ceremonia con la cual los emprendedores muchachones de mi escuadra de comunicaciones trataban de comunicarme que yo, aunque jefe, no debía olvidar que era solamente una mujer.

No dije nada, porque a esas alturas ya había entendido que las discusiones y aun los castigos solo conducían a acciones más solapadas. Además, era hora de correr a la gimnasia matinal, que comenzaba a las seis de la mañana.

Cuando estábamos en la formación, fuimos llamados a alarma: nuestra vigilancia había detectado tropas de infantería a menos de dos kilómetros de distancia de la base. Las instrucciones de la comandancia eran romper el cerco y tratar de retirarnos hacia el sur, donde estaba el grueso de la tropa del frente Benjamín Zeledón. La nuestra estaba tendida en un círculo reforzado en el flanco sur, y yo tenía órdenes de salir con el primer grupo y mantener el enlace con los radios móviles que estaban diseminados en las diferentes escuadras y pelotones, manteniendo en comunicación las diferentes posiciones.

Naturalmente, esperábamos un ataque de infantería. Era el comienzo de la guerra, y la dictadura de Somoza aún no había comenzado a usar los bombardeos de la aviación como un método sistemático de destrucción masiva de nuestra moral y de nuestras vidas, así que el plan ordenado suponía un ataque de infantería de parte del enemigo.

Había en el grupo como una extraña sensación de alegría: al fin había llegado el soñado momento que nos convertiría en héroes, al fin nuestra pretensión de hacedores de la historia era una realidad. La mayoría de nosotros había entrado en el conflicto armado contra la dictadura de Somoza y con una buena dosis de idealismo que incluía, naturalmente, una bastante idealizada imagen de nosotros mismos como héroes. Dicho de otra forma: estábamos bastante conmovidos por lo sacrificados y heroicos que éramos. Esta imagen no coincidía con lo terrenal de nuestra cotidianeidad en el frente: vivir bajo esta eterna lluvia, temblando de frío, hambrientos, pensando en comida eternamente, con millones de insectos disputándose la parasitación de nuestros cuerpos, con los heroicos pies enterrados en los lodazales y llenos de hongos, lo cual es casi un insulto. ¿Cuándo en la vida se ha oído hablar de héroes con hongos en los pies y, lo peor de todo, realizando un sinnúmero de tareas detestables para sobrevivir: acarrear agua, buscar leña, cocinar, lavar las carcerolas grasientas con ceniza, sin jabón ni detergente, etc.?

Estas últimas tareas eran especialmente pesadas para los muchachos, que secretamente pensaban que las mujeres debían hacerse cargo de ellas, pero no se atrevían a decirlo. Además, nadie nos había advertido que, en esas circunstancias, los días tenían 64 horas en vez de las usuales 24.

En nuestra base había ciento cincuenta personas, de las cuales cinco éramos mujeres. Yo era jefa del sistema de radiocomunicación, con la tarea de preparar radiocomunicadores. Los jóvenes que yo preparaba iban a ser mi personal, por lo tanto, tenían que mostrar obediencia y respeto militar. Por eso la protesta-macho tomaba expresiones dramáticas y disfrazadas, como el episodio del semen.

Pasó toda la mañana sin que ocurriera nada. Ansiosos, observábamos los movimientos del enemigo y esperábamos. De repente eran las cuatro de la tarde. Por una vez en la vida, el día de 64 horas había transcurrido en solo media hora. No habíamos desayunado ni almorzado, pero nadie tenía hambre en realidad. Comenzaron a repartir plátano hervido. Después de dos bocados del dichoso plátano, me asaltó un ataque de hipo que hubiera servido para advertir de nuestra posición a todo el ejército enemigo. Tomé agua, horrorizada de ser un tiro al blanco viviente. El pensamiento de que habría podido dominar los espasmos de mi diafragma a pura fortaleza ideológica jugueteó por mi mente pero, ante el hecho de que yo no conocía la técnica de los héroes para dominar su biología, tuve que abandonarlo y decidirme por el agua.

El enemigo estaba tendido ya a unos 200 metros de las posiciones de vanguardia nuestras. De repente empezaron a avanzar rápidamente y casi sin esperar cobertura. Los compañeros comenzaron a gritarles: “¡¡¡¡¡Se quieren morir, hijos de la gran puta???! ¡¡¡ Vengan pues, avancen!!!”. Pronto comprendimos la razón de su valentía. Por la retaguardia nuestra, es decir, por el sur, donde debíamos retirarnos, aterrizaraban enormes helicópteros con armas de artillería. En unos minutos desorganizaron nuestra defensa y convirtieron

nuestro heroísmo patriótico en un montón de conejos en estampida.

Conmigo estaba Ramón, de quien yo sospechaba era el autor intelectual y material del húmedo episodio del semen, porque yo sabía que odiaba la tarea que le habían asignado: ser mi escolta y ayudarme a cargar el equipo de radio, ya que yo no tenía la condición física necesaria para cargar aquel equipo defectuoso que a veces necesitaba antenas en los árboles para transmitir. Esto era lo más lejano que algo podía estar de los sueños de gloria de cualquier hacedor de historia que se respete.

Cuando vimos los helicópteros que aterrizaron en lo pelado del cerro, corrimos hacia uno de los flancos, para lo tupidido de la selva. Yo me tropecé por ir viendo si nos seguían, y caí sentada, deslizándome casi 50 metros sobre mi propio trasero. Caí en un arroyo seco, con el tobillo doblado, y no me podía parar. Ramón siguió corriendo siempre hacia el sur. Me quedé sentada sin saber qué hacer, mientras oía el tiroteo y los gritos allá arriba. Traté de buscar a los móviles de las distintas posiciones. Ni siquiera sé para qué, porque todos estaban ocupados en la operación “sálvese-quien-pueda” y no podían ni contarme lo que estaba pasando ni recibir instrucciones de nadie. Ni uno solo respondió: “Base 15, llamando a Móvil 1; conteste, Móvil 1, cambio”. Silencio, silencio, silencio.

Después supe que el ejército somocista había realizado una operación que ellos llamaban “de yunque y martillo”, en la cual desplegaron tropas desde el norte, mientras desembarcaban tropas helitransportadas en el sur. Era una operación de exterminio total. Pero en aquel momento yo no lo sabía, lo que me dio ánimos para pararme y seguir buscando la base, cuando el tiroteo cesó.

Unos 100 metros adelante encontré de nuevo a Ramón y seguimos caminando hacia el sur, hasta bien entrada la noche, tratando de sentirnos seguros. Habíamos caminado una

distancia infinita, que podría ser un kilómetro o un millón, difícil de determinar. “¿Y si me diera por vencida y me sentara a descansar? ¿Y si me encuentra el enemigo? Morirse no puede ser tan malo. No puede ser peor que esto”.

La vereda comenzó a moverse peligrosamente bajo mis pies, a oscilar para hacerme caer, ¡maldita vereda de mierda que no puede estarse quieta!

—¿Te caíste otra vez, compita? —preguntó la voz irónica de Ramón en la oscuridad.

—No —mentí—. La mochila del radio se golpeó contra un árbol. Típica forma salvadoreña de hablar, como si la mochila tuviera vida propia y fuera descargando su cansancio contra los árboles, inocentes espectadores de nuestras torpezas.

—¿Estás mareada, pipita? —dijo la voz en la oscuridad, esta vez con claro tono paternal. “¿Cuándo se creció tanto este idiota?”.

—No —contesté secamente—. Ocúpate de lo tuyo, ¡¡so baboso!!

—¿Idiay, compa, qué me gano yo de irte esperando, mientras vos venís allí dando tumbos? ¡¡Ahorita mismo me voy muchísimo a la chingada y que Dios te socorra, pipita!!

Me quedé callada para escuchar qué hacía. O talvez sea que me quedé paralizada del puro miedo. Pude oír sus pasos que se alejaban... “No, no va a atreverse a dejarme aquí sola”.

—¡Eso es desertión, pedazo de imbécil! —pero el pedazo de imbécil se alejó igual, seguramente aliviado de haberse deshecho de mí. Además me echó su bendición, lo cual no deja de agradecerse...

Calculé que sería cerca de la medianoche y decidí seguir el curso de la quebrada, porque así podía ocultarme si el enemigo decidía peinar la zona en busca de sobrevivientes. No sé qué hora sería cuando me dormí, ni era mi intención otra que descansar un rato, pero desperté ya en las primeras

horas del día siguiente. Traté de comunicarme otra vez con las otras posiciones, pero no lo logré. Seguí caminando hacia el sur. La base de la comandancia no podía estar a más de 4 o 5 km hacia el sur. Si no los había encontrado, era que, sencillamente, estaba perdida.

Hacia las cinco de la tarde, llegué a una vivienda campesina algo aislada. Resultó ser gente que simpatizaba con la lucha sandinista, y me informó que estábamos a solo 1 km de La Cruz, población costarricense fronteriza con Nicaragua. Había caminado 15 kilómetros y pasado a un lado del frente sin advertirlo. Pude comer mi primera comida después de dos días y dormir en una hamaca: el sueño más profundo que he disfrutado en toda mi vida. Los campesinos me facilitaron ropa de civil y me acompañaron a tomar el bus para ir a La Cruz, a buscar un contacto que me llevase otra vez al frente.

Cuando llegué al frente, el Estado Mayor estaba lleno de periodistas que querían lograr las primicias de la masacre que había ocurrido hacía dos días en El Naranjo. La comandancia había repartido listas de los pelotones que habían perecido en el cerco, y Edén Pastora, el legendario Comandante 0, daba entrevistas a las periodistas que siempre se agolpaban alrededor de él. Esta vez, como siempre, les brindaba generosamente una muestra de su famoso encanto.

—Hemos tenido —explicaba— una derrota táctica aquí en el Frente Sur, pero al mismo tiempo la insurrección avanza en Estelí, Managua y León, las principales ciudades de Nicar...

—Oh! —exclamó una periodista jovencita, rubia y pispireta—. Il y a-t-il aussi à Nicaragua?

—Dos habemos —le contestaba Edén, y la miraba profundamente mientras conectaba su truco número 1,875 titulado: “A pesar de ser un duro guerrillero, soy en realidad un pobre niño solitario en espera del amor de la vida que me comprenda tanto como mi mamá”, que tanto fascinaba a las periodistas jovencitas, rubias y pispiretas.

Me fui a la cocina y comí en cantidades industriales mientras los compañeros me rodeaban, preguntándose cómo había logrado salir del cerco. Conversábamos ajenos al hecho de que la prensa internacional estaba enviando a las agencias de prensa la noticia de la muerte de toda la gente que se encontraba en El Naranjo, incluida, naturalmente, yo.

Como mi nombre apareció en las listas de los muertos en El Naranjo, mi gente en El Salvador me lloró, se puso su vestido negro e hizo todo lo que se hace en tales ocasiones. Parece que apareció la noticia en uno de los matutinos de San Salvador con la categórica frase: “Salvadoreña muere en Nicaragua”.

Tiempo después, de visita en Costa Rica, donde una vez hace más o menos tres vidas fui profesora de la universidad, me encontré con una de mis antiguas alumnas que me miró espantada y me dijo: “Pero si usted... ¿¿no se había muerto??”. Como me pareció superfluo explicarle que yo vivía, me contenté con decirle que gozaba de buena salud, y le pregunté por la de ella y la de sus familiares. Esa misma chica me contó que el grupo de estudiantes al que pertenecía había decidido, en su acto de graduación, que la promoción llevaría mi nombre... pero era cuando ellos pensaban que yo era heroína y además estaba bien muerta, circunstancia que suele garantizar la heroicidad de las personas. Pero frente a la prueba contundente de que estaba viva, tuvieron que cambiar el nombre por otro de alguien garantizadamente muerto que no pudiera seguir cometiendo errores al seguir viviendo.

Porque el color de la sangre jamás se olvida...

—Tienes que estar a las doce en punto en el parador La Vista, a la entrada de Matagalpa, sentarte sola en una mesa y empezar a almorzar. Debes estar vestida con algo rojo y estar bebiendo una Milca rojita. Sobre la mesa debe estar una cajetilla de Marlboro. No debes estar fumando, sino comiendo. La contraseña es: “¿Señorita, es usted por casualidad la que pasó la frontera esta mañana? Olvidó su libro en el mostrador”. Y tienes que contestar: “Sí, muchas gracias, fui yo. Se lo agradezco mucho”. “Siéntese, ¿quiere tomar algo?”. Y allí ya pueden hablar de cómo, cuándo y dónde van a ser los envíos, en fin, todas las condiciones de la colaboración.

La forma en que se lo dijo le recordó a Diana aquel poema de Roque sobre los chorreantes personajes del dominio de Goya. O las órdenes que les daban a los agentes secretos de la serie *Misión imposible*, con aquella seriedad tan absoluta, grabada en una radiocasetera que se autodestruía un minuto después de dispararle a James Coburn cincuenta instrucciones por segundo, a ritmo de ametralladora, dejando un rastro de humo mientras uno, en la anónima oscuridad de cine de barrio, repasaba mentalmente las instrucciones para constatar si había entendido.

—¿Preguntas?

—¿Por qué tanto rojo?

—Rojo es un color que no se olvida, es el color de nuestra lucha: la sangre con que pagamos la libertad del futuro.

—Me parece tan llamativo todo ese rojo, cuando se supone que tengo que pasar desapercibida.

—Diana, ¿sabes cuál es la diferencia entre un rebelde y un revolucionario?

—No, ¿cuál es?

—Supuse que no la sabías...

Después vino un discurso sobre las cualidades de los verdaderos revolucionarios, su obediencia, su espíritu de sacrificio, su capacidad para no discutir las órdenes, para posponer sus preguntas y sentimientos. Diana suspiró. ¿Cuándo alcanzaría ella aquella excelencia de carácter? Estaba condenada a sufrir su cerebro pequeñoburgués que la hacía percibir tantas contradicciones y a hacer tantas preguntas que la convertían en ese ser molesto que los líderes de la organización política tenían constantemente que educar en la moral revolucionaria.

Se fue a su casa y tomó una ducha pequeñoburguesa, necesaria empero con una temperatura que llegaba a los 40 grados y con una humedad en la que se podía nadar en vez de caminar. Después empezó a buscar una blusa roja. No la encontró. Tuvo que conformarse con un pantalón de un rojo un poco menos brillante, tirando a fucsia. Pero se pintó las uñas de rojo sangre, para no desentonar con la misión revolucionaria.

El camino hacia Matagalpa era una sinuosa carretera llena de huecos que hacían saltar la Cherokee cada dos metros. Diana en realidad ni los notaba, porque iba escuchando salsa cubana a todo volumen. Era agradable sentir ese ambiente de fiesta para olvidar un poco las exigencias innumerables de la vida que había elegido.

Era la encargada de la logística de su organización revolucionaria, ya que había unanimidad en el hecho de que

Diana como combatiente era un desastre. O como le había dicho una vez uno de los comandantes: “Dianita, todos tenemos un punto ciego cuando tenemos el ojo en la mira de un fusil, y lo importante es conocer cuál es ese punto ciego para prevenirlo en el tiro, ¡pero es que vos tenés como cien!”.

Y se sentía muy divertido e ingenioso con aquel grueso comentario, que a Diana no le hizo ninguna gracia, porque ella de verdad quería ayudar en este esfuerzo histórico de ayudar a Nicaragua a salir de esa larga Edad Media plagada de dictaduras y oligarquías decimonónicas. Por eso estaba conforme con su tarea de acarreadora de cosas a los frentes: desde armas y munición, hasta comida y medicinas, transporte, bodegas secretas, buzones enterrados. Sin hablar de los encargos discretos que le hacían las compitas, de toallas sanitarias y preservativos...

El hombre al que iba a contactar era un rudo chofer de camión que había ayudado a los sandinistas en los años de la guerra contra la dictadura somocista, contrabandeando armas a través de la frontera en una cámara doble agregada debajo del tanque de la gasolina de su camión. Pasaba la frontera, y parqueaba para comer y descansar en un restaurante rural del camino, mientras los compas descargaban convenientemente el compartimiento secreto sin que nadie se enterara. Cuando llegaba a su destino, ya iba limpio.

Ahora iba a ayudar a los salvadoreños de la misma manera. Y Diana era la encargada de los contactos y la coordinación de la ruta logística que se inauguraba con aquel camión. Diana parqueó la Cherokee discretamente y subió los escalones del restaurante. Vio sorprendida cómo los manteles eran rojos, no como sus desteñidos pantalones, sino rojos de veras, como la sangre. De las amplias ventanas colgaban ostentosas cortinas rojas de terciopelo, y por si esto fuera poco, había flores rojas en sus respectivos rojísimos floreros en las mesas. Diana suspiró aliviada. Era más fácil pasar desapercibida en aquel rojísimo ambiente de mal gusto.

El lugar estaba desierto, a pesar de ser ya la hora de almuerzo. Se sentó y pidió el menú.

—Puntas de filete jalapeñas —ordenó.

—¿El filete, bien cocinado, medio o rosado?

—Rojo, para no desentonar —dijo Diana, pero el camarero no entendió la broma.

—¿Y de tomar?

Mientras hablaban, entró un hombre. Se detuvo un momento en el dintel de la puerta, después avanzó directamente hacia la mesa de Diana y allí se quedó, en actitud de querer decir algo, pero no se atrevió a interrumpir el diálogo de Diana con el camarero.

—¿Quiere ordenar su postre o esperar?

—Voy a ordenarlo con el café, muchas gracias.

La presencia del hombre allí parado comenzó a ser molesta. ¿Por qué no decía nada? Se suponía que tenía que decir la contraseña para que Diana pudiera contestar algo. De ninguna manera podía tomar la iniciativa. “Si será tonto”, pensó.

—¿Quiere el pan con ajo o natural?

—Sin ajo, por favor.

De repente, el camarero se volvió hacia el silencioso hombre que tenía detrás y lo cuestionó molesto, abruptamente:

—¿Y usted qué quiere?

—Yo... nada... —musitó, enrojeciendo casi al nivel de las cortinas. Y tartamudeó—: S-s solo quería preguntarle a la se se-señorita si es e-es es ella la que pasó la frontera esta mañana... —dio media vuelta, sin que nadie alcanzara a reaccionar, y se fue en su histórico camión, levantando una nube de polvo color marrón.

Un operativo contrainsurgente

*... desde el día que en su alta bandera
con su sangre escribió “libertad”,
escribió “libertad”,
escribió “libertad”...*

Fragmento del himno nacional de El Salvador, Aberle-Cañas.

—Retroceda, señora, ¡¡¡atrás, atrás!!! —me gritaba aquel adolescente que bien habría podido ser un escolar de cualquiera de los colegios adyacentes a la embajada americana. Todos los automovilistas que estábamos en fila éramos conminados a retroceder. Sabíamos, sin embargo, que aquel hombre no era ningún escolar e instintivamente obedecíamos. Había autoridad en su voz y algo de siniestro en su presencia. Iba vestido algo mejor que el promedio de los salvadoreños: gafas de sol Ray-Ban con carterita en el cinturón y botas militares debajo del pantalón de fino casimir. La Policía y la Guardia, uniformados, no infundían el terror que aquellos ojos fríos bajo los anteojos de sol.

En esa calle funcionaba nuestra “oficina de exportación e importación”, cuya actividad fundamental era proporcionarnos un local de reuniones en pleno centro, que no desper-

tara la sospecha de la Policía. La guerrilla urbana necesitaba cientos de estos lugares para las reuniones de los miles de activistas y guerrilleros urbanos. Cada día tenía yo en mi agenda tres o cuatro reuniones en varios de esos locales, así como contactos y actividades que necesitaban una red logística. Estos locales que tenían actividad comercial verdadera se mantenían a sí mismos y pagaban la manutención de los compañeros que trabajaban en ellos para darnos cobertura. La misión de estos compañeros era mantener el negocio, como cualquier ciudadano que va a su trabajo entre las nueve y las cinco, con la diferencia de que, de ser descubiertos, se acababa el local y todos los que tuviesen la mala suerte de encontrarse allí en ese momento. Por eso mi preocupación, porque se estaba montando un operativo de contrainsurgencia precisamente en esa calle.

Era un local nuevo, ¿cómo nos descubrieron? “¿Hay infiltrados entre mi gente?”, pensé en una fracción de segundo, cuando vi la mano del agente secreto levantándose para ordenarme retroceder. Antes de poder hacerlo yo, esperé que el carro detrás de mí y el de más atrás alcanzaran a retroceder. El hombre estaba nervioso, y todos sabíamos que cuando esos agentes se ponen nerviosos tienen el gatillo muy fácil. La impunidad era total.

Me fui directamente al parqueo más cercano y estacioné ahí mi carro, para volver al lugar y así al menos ver cuando sacaran a los compañeros a quienes se llevarían. Desde ese momento, esos compañeros se podían considerar como desaparecidos, porque con absoluta seguridad desaparecerían de la faz de la tierra como si nunca hubiesen existido. Pararían en una fosa común, en el mar o en el cráter activo de un volcán, de los muchos que prestaron ese servicio a las sucesivas dictaduras militares de El Salvador.

Los soldados entraban y salían del edificio en el que se encontraba la “oficina de importación y exportación”. Dejé de respirar: literalmente podía oír la sangre pasar en tumulto

por mis arterias y las gotas de sudor recorriendo mi piel alterada por los escalofríos, mientras pensaba una “leyenda” que explicara mi presencia en la zona. Diría que venía a pedir una cita donde el ginecólogo del edificio de al lado. Miré el rótulo y traté de encontrar una fórmula segura para recordar su nombre. Se llamaba Ricardo Mairena. Ricardo como mi sobrino, el segundo hijo de mi hermana; y Mairena como la maicena que mi hermana ponía en la botella de leche de Ricardo, para hacerla más nutritiva y digestible. Listo, no lo olvidaría.

Cada guerrillero urbano sabía que en todo momento tenía que tener lista una “leyenda”, en el caso fortuito de ser detenido en una de las muchas redadas aleatorias que los llamados cuerpos de seguridad hacían diariamente. Si uno tenía sus papeles de identificación a mano, aunque tuviesen una identidad falsa como los que yo tenía en mi bolso, y podía decir coherentemente qué andaba haciendo por allí, tenía posibilidades de que lo soltaran en la primera criba. Mucha gente que no tenía nada que ver con el movimiento revolucionario fue detenida y desaparecida (así, en transitivo) porque no pudo pensar suficientemente rápido.

Lo de tener una identificación a mano era algo que habían aprendido los salvadoreños muy bien en los últimos años. La llamada cédula de identidad podía ser la diferencia entre la vida y la muerte, por lo cual nadie se atrevía a salir ni siquiera a la puerta de su casa sin ella.

Los refugiados del campo, donde el Ejército convertía las poblaciones en aldeas fantasmas con su táctica “tierra arrasada”, aprendida de los marines norteamericanos en la Escuela de las Américas, abandonaban su tierra arrasada y su rancho en llamas y migraban para la ciudad. Siendo así, no tenían cédula de identidad, por lo que tenían que estar encerrados en las iglesias sin poder salir, ya que un indocumentado era un enemigo, un blanco legítimo, un presunto comunista. En la catedral de San Salvador, donde se refu-

gieron unas dos mil familias durante casi todo el período de guerra, se encontraban niños que nunca habían visto la capital; y otros que se estaban quedando ciegos porque no veían más que paredes interiores: sus ojos nunca veían un punto lejano, así que la miopía se les desarrollaba al mismo tiempo que su desconfianza al mundo exterior. ¿Qué nos traería el futuro, con esos cientos de niños y jóvenes llenos de rencor?

Yo estaba entre el grupo de curiosos que la Policía mantenía a raya. El ruido y el calor eran infernales, aún para los que no tenían, como yo, que cargar con un embarazo de ocho meses. De repente miré para arriba, hacia la ventana de la “oficina de importación y exportación”, y casi no pude disimular la sorpresa: en la ventana habían emplazado una ametralladora 50, dirigida hacia el edificio de enfrente. En la azotea del edificio había un soldado con un lanzamorteros en el hombro. Aparentemente lo peor ya había pasado, seguramente mientras yo parqueaba el carro.

Sentí un gran alivio de saber que no eran nuestros compañeros los que habían caído en el operativo, sino alguien del edificio de enfrente; e inmediatamente me sentí miserable, porque hubo gente que cayó aunque no fuese parte de mis compañeros.

Elementos de la Guardia y la Policía recorrían ahora los locales que habían ametrallado unos minutos antes. Parece que algunos habían logrado escapar por la parte de atrás del edificio (aunque parezca increíble, nunca se les ocurrió cubrir la parte trasera, previo a desplazar sus tropas por el frente). La gente allí reunida hacía lo posible para oír los detalles. Había tres muertos no identificados, tres adolescentes entre los 16 y los 18 años. Un tiempo después supe que esos adolescentes heroicos habían cubierto y pagado con su vida la retirada del legendario Marcial (Cayetano Carpio) y la comandante Ana María (Mélida Anaya Montes).

Uno de los policías que estaba en el retén de contención de nosotros, los curiosos, comentó que uno de los adoles-

centes, casi un niño, había sumergido su dedo índice en su propia sangre y escrito la palabra “libertad” en la pared, con inseguras letras de niño. El guardia, en estado de *shock*, repetía como un mantra: “Escribió ‘libertad’... con su sangre escribió ‘libertad’... ¡como en el himno...! ¡Jueputa!”. De repente, vino hacia mí y, mirándome directamente a los ojos, repitió: “Escribió ‘libertad’, señora. Como en el himno... con su sangre”. Le dije: “Todos somos salvadoreños, pues...”. “Sí. Todos jomos jalvadoreños”, secundó.

ÍNDICE

Aura.....	7
Beto y el renacer	19
El centauro. (Nadie es profeta en su tierra).....	27
El deporte de la guerra	43
Impuesto de guerra.....	55
Lo más parecido a una resurrección se llama suerte	63
Porque el color de la sangre jamás se olvida	71
Un operativo contrainsurgente	75

Esta edición consta de 1,000 ejemplares.
Se terminó de imprimir el día 17
de septiembre de 2019

Cuentos de la guerra

Estas ocho historias tienen como contexto las guerras centroamericanas. No es un libro que relata los hechos heroicos de esas guerras, sino los que eran invisibles durante los conflictos: la situación de los niños, la condición subordinada de la heroicidad de las mujeres y la condición humana de las personas que participaban, llenas de ilusión por cambiar el mundo, en hechos inhumanos. No es de ninguna manera un libro que romantiza la guerra. La guerra no puede ser romantizada. Más bien es una mirada crítica, a veces irónica y hasta mordaz, de esa generación que fue joven en los setenta y creía saber en detalle cómo cambiar el mundo; situaciones a veces llenas de torpezas y errores humanos que, sin embargo, realizaron el milagro de llevar a El Salvador a una democracia en ciernes.

Myrna López Águila nació en Santiago de María, Usulután, El Salvador, en 1948. Es trabajadora social en El Salvador, socióloga por la Universidad de Costa Rica y terapeuta de familia por la Universidad de Lund, Suecia. Participó en los movimientos sociales que sacudieron a El Salvador de 1973 a 1986, cuando tuvo que viajar a Suecia como producto de las purgas políticas en su partido. Trabajó por más de treinta años en programas de atención a problemas sociales en Suecia, y los últimos doce con adolescentes en conflicto con la ley y sus familias. Ha publicado *La casa de las Águilas*, y está representada en numerosas antologías y revistas en sueco y castellano. Esta es la segunda edición de *Cuentos de la guerra*.



MINISTERIO
DE CULTURA

ISBN 978-99923-0-343-6



9 789992 303436